CUADERNOS
historia 16

La disgregación del Islam

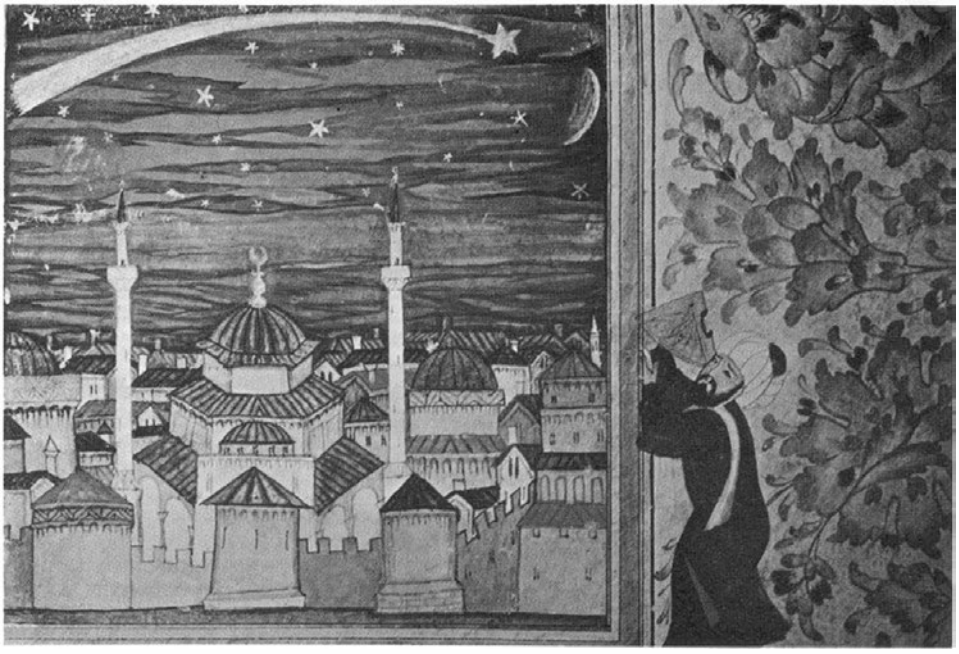
M. Viladrich, F. Castelló, M. J. Viguera y J. Vernet

HIS 1
69/41

41

125 ptas

69/41



Astrónomo observando un meteoro con un cuadrante (Biblioteca Topkapi, Estambul)

Indice

LA DISGREGACION DEL ISLAM

Los mamelucos
Por Mercè Viladrich ... 4
Profesora de Historia. Departamento de Arabe.
Universidad de Barcelona.

Los turcos otomanos
Por Francisco Castelló ... 10
Profesor de Filología Arabe. Universidad de Barcelona.

Los reinos del Magreb
Por María Jesús Viguera ... 17
Catedrática de Arabe.
Universidad Complutense de Madrid.

La rebelión de las Alpujarras ... 22

La cultura
Por Juan Vernet ... 25
De la Real Academia de la Historia.

Los últimos días de Granada ... 28

Bibliografía ... 31

EX LIBRIS ANA ISABEL ROMERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS BIBLIOTECA MARIA MOLINER ZARAGOZA

1985

La conquista mogola del Próximo Oriente y, en especial, la ocupación de Bagdad marcan un hito en la evolución de los pueblos islámicos. Estos, que actuaban prácticamente desde mucho antes como Estados independientes, siempre tuvieron presente la mítica capital de los abbasíes por muy distantes que estuvieran de ella. La caída de Bagdad en 1258, a manos de Hulagu supuso el fin de esta situación y acabó con este planteamiento y ya no hubo un centro común de atracción para los Estados islámicos. Cada uno de éstos tendrá en adelante su propia cultura, literatura o arte, y la mayoría de los historiadores les considerará en lo sucesivo países independientes.

Nuestro Cuaderno *—que estudia el mundo musulmán durante los siglos XIII, XIV y XV— analiza la trayectoria del Imperio mameluco (Mercè Viladrich), la génesis del Estado turco-otomano (Francisco Castelló), las vicisitudes de los reinos norteafricanos (María Jesús Viguera) y los principales acontecimientos culturales de todo el período (Juan Vernet).*

Los mamelucos

Por Mercè Viladrich

Profesora de Historia. Departamento de Arabe. Universidad de Barcelona

EL Imperio mameluco fue un conjunto político sirio-egipcio que a pesar de la amenaza directa de los mogoles sobre el Próximo Oriente se extendió en un amplio territorio limitado por los ríos Eufrates y Nilo.

Sus fronteras más extensas alcanzaron al sur la región de Nubia hasta Massawa y la estepa de Arabia, al otro lado del mar Rojo; al oeste, el desierto libio hasta Barka; al norte, el Mediterráneo y la zona de Taurus, y al este, la región del Eufrates hasta Dar al-Zur, pasando por Rakka.

El nuevo Estado musulmán, cuya organización política no fue el resultado de una lenta maduración, posibilitó que sobreviviera física y culturalmente el mundo árabe, presionado entonces por el Oriente mogol y el Occidente cristiano.

El mameluco fue un Imperio gobernado por dos dinastías distintas de soberanos. Figuran en la primera serie los sultanes bahríes que gobernaron en Egipto desde 1259 a 1382. Su sistema político fue el resultado de una serie de acontecimientos que se desencadenaron en el Egipto dominado por los príncipes de la familia de Saladino.

La correlación de fuerzas en la confederación familiar que controlaba los territorios desde El Cairo al alto valle del Tigris, integrados por Saladino en la lucha contra los cruzados, se vio alterada por el sultán Ayyub al-Malik al-Salih, que reclutó una guardia personal *(halga)* de esclavos turcos.

Las llanuras del Volga habían sido asoladas por los ejércitos mogoles entre 1237 y 1241. Los mogoles, en su expansión, sometieron y esclavizaron a numerosas poblaciones turcas; sus jóvenes fueron vendidos en los puertos de Anatolia y el mar Negro e incorporados a la caballería salihí.

El refuerzo de este ejército provocó el escepticismo de los cruzados ante la presunción de una ofensiva ayyubí contra la Cruzada, que supondría un retorno a la política de Saladino. Luis IX intervino desembarcando en Damieta en 1249 y se enfrentó a al-Malik al-Salih, que fue derrotado y muerto en febrero de 1250.

Fueron precisamente algunos regimientos de la guardia personal de al-Malik al-Salih los que evacuaron las tropas francesas en abril del mismo año y acabaron con el sucesor ayyubí Turansah, protagonizando una revuelta y provocando un período de convulsiones.

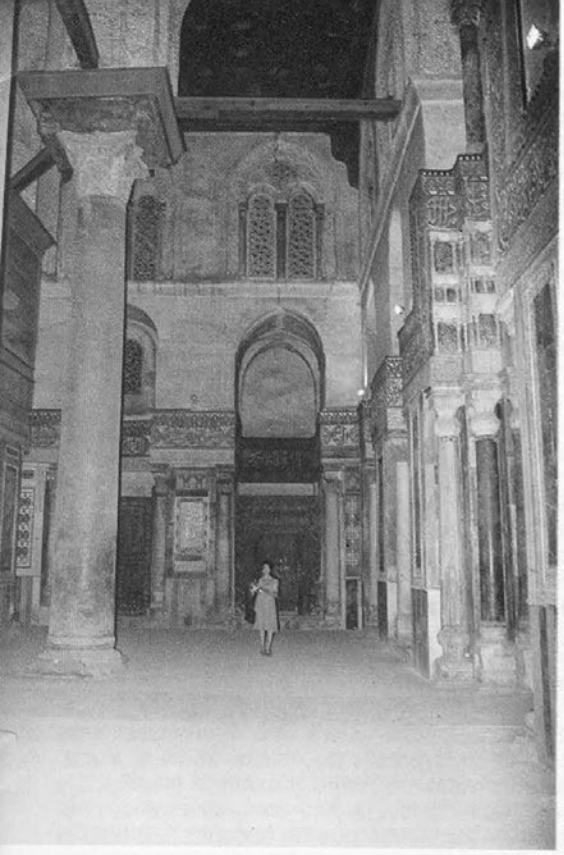
Los regimientos que encabezaron la revuelta se encontraban instalados al sur de la isla de Rauda, en el brazo oriental del Nilo, río denominado habitualmente *al-bahr*, de donde procede la designación del sultanato. No obstante, algunos historiadores juzgan impropio aplicar el término *bahrí* al primer período de la dominación mameluca, pues en las fuentes de la época es calificado de turco en oposición al siguiente o circasiano.

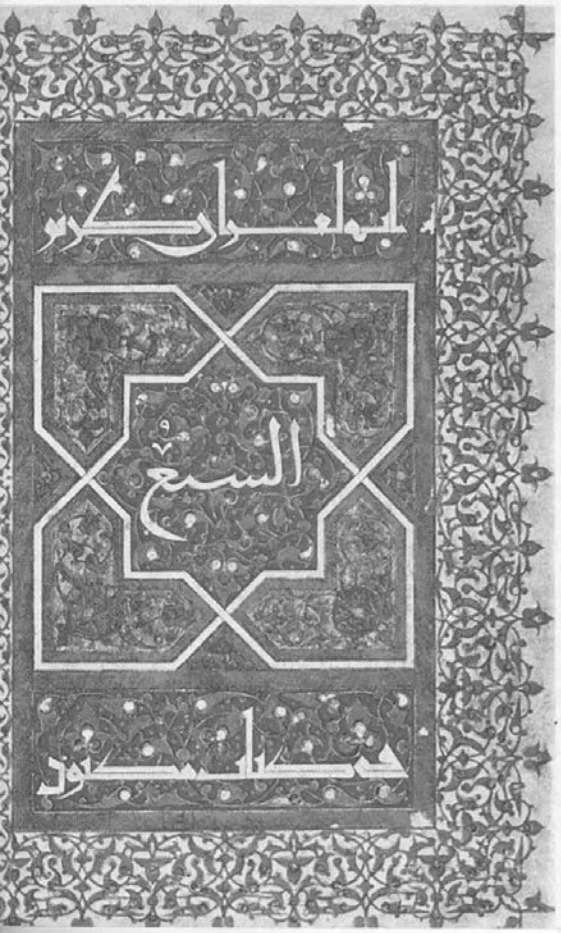
La presión de los acontecimientos obligó a los jefes mamelucos sublevados a elevar al sultanato a Sacharat al-Durr, la favorita de al-Malik al-Salih, en previsión de la intervención armada de otros príncipes de la familia ayyubí. Pero pronto se presentaron problemas exteriores: el califa de Bagdad al-Mustansir bi-llah rechazó entregar el diploma de investidura a nombre de una mujer, mientras los mamelucos de Damasco pusieron el mando de la ciudad en manos del sultán ayyubí de Alepo, al-Malik al-Nasir Yusuf.

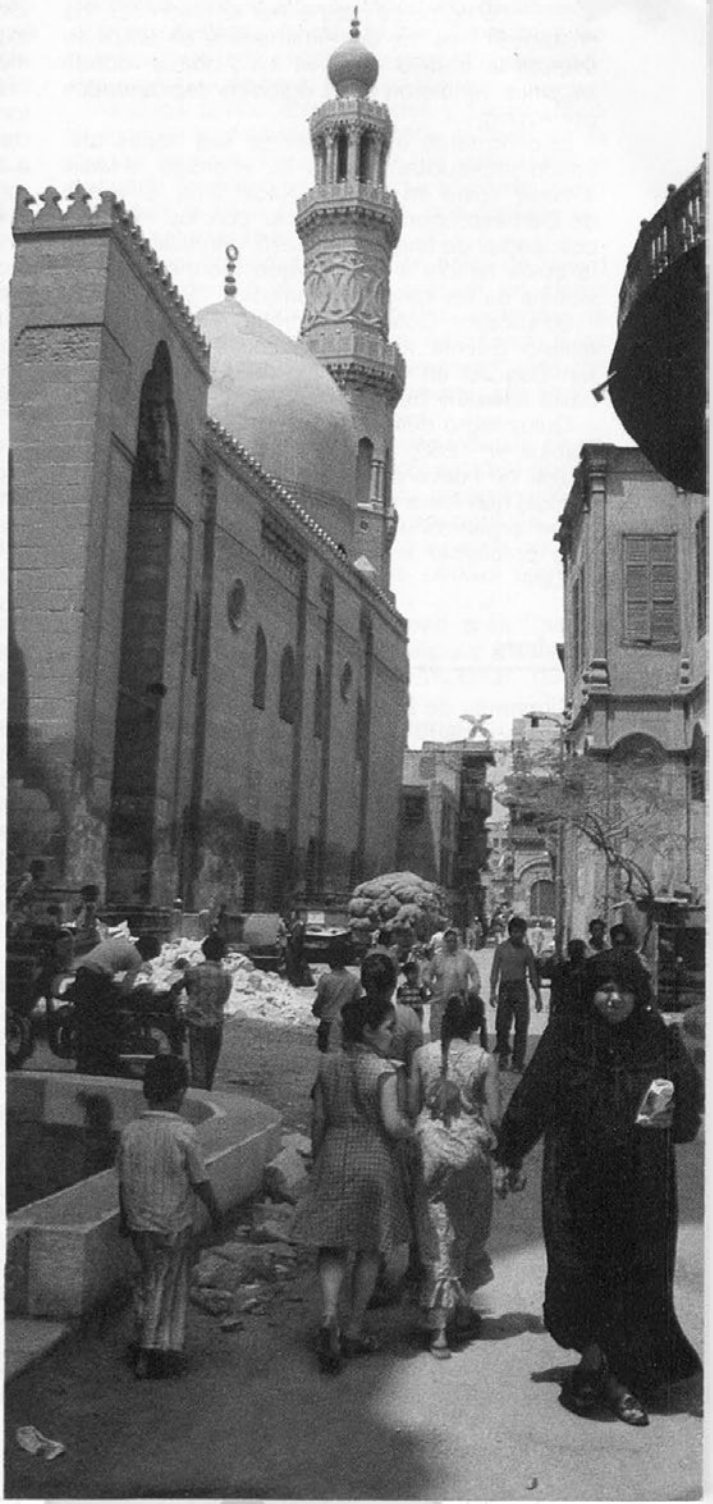
Ante estos acontecimientos, la princesa Sacharat al-Durr abdicó en la persona del mameluco Aybeg, que tuvo que defender su título con las armas frente a los ayyubíes de Siria.

El sirio al-Malik al-Nasir Yusuf reunió a todos los miembros de su familia y propuso a Luis IX de Francia, por entonces en San Juan de Acre,

Mausoleo del sultán Kalaum en El Cairo, siglo XIII (arriba, izquierda). *Página de un Corán miniado para el sultán Baybars II en 1304* (abajo, izquierda). *Madrasa del sultán Barquq en El Cairo, siglo XIV* (derecha).







que se uniera a ellos para la restitución del reino de Jerusalén. Sin embargo, los mamelucos egipcios accedieron a las peticiones del rey francés acerca de algunos intereses prácticos más inmediatos que la remota restitución de la Ciudad Santa.

Al-Malik al-Nasir, ante el fracaso de sus intenciones, envió sus tropas contra los egipcios para evitar la unión con los cruzados. Tras los enfrentamientos en Gaza se disputó la batalla decisiva en Abbasa, donde los sirios vencieron a los egipcios capitaneados por Aybeg.

Este no tardó en reorganizar sus tropas atacando impetuosamente a su enemigo al-Malik al-Nasir Yusuf en retirada hacia Siria. El sultán de Damasco concluyó la paz con los mamelucos, cediendo finalmente Gaza, Jerusalén y toda la costa fenicia a Aybeg, que moriría en 1257 víctima de las intrigas de palacio.

Su sucesor, Qutuz, se enfrentó a una amenaza exterior distinta: los ejércitos mogoles que tomaron Bagdad en febrero de 1258 ejecutaron al califa abbasí y barrieron a los príncipes de Siria.

Qutuz logró detenerlos en Palestina, cerca de Nablus en 1260, obligándoles a retroceder y a cruzar de nuevo el Eufrates. Pero su victoria no impidió que fuera asesinado por el emir Baybars, quien organizó un complot en su contra y se hizo proclamar sultán con el título de al-Malik al-Zahir.

Baybars

El espíritu de Baybars como soberano fue generoso y abierto. Su gobierno consagró un principio que se respetaría en adelante: la organización del Estado descansaba en un grupo militar no árabe que asumía la defensa contra la invasión exterior y que debía estar formado por hombres que hubieran vivido la situación de mameluco.

La serie de sultanes mamelucos, a la que no es aplicable el concepto de dinastía, fue una sucesión de príncipes que formaron sus propios grupos militares generacionales, cuyos miembros escogerían al nuevo sucesor en su seno.

Baybars se mostró como un soberano magnánimo que vació las cárceles, redujo los impuestos y legisló contra las exacciones. También tuvo que enfrentarse a algunos problemas en Siria, donde los habitantes de Damasco se habían sublevado proclamando sultán al emir Sanchar de Alepo.

No obstante, Baybars se benefició del apoyo de la familia abbasí, que legitimaría su poder. Dado que al-Mustasim, el último califa abbasí de Bagdad, fue asesinado por los mogoles en 1258, un miembro de la familia abbasí, Abu al-Qasim Ahmad, fue a refugiarse a Egipto huyendo de Bagdad y pretendiendo para sí el reconocimiento como califa.

Vivió algún tiempo con las tribus beduinas de Iraq y llegó a Damasco, donde Baybars, hábil político, le dispensó un recibimiento honorífico para restablecer en su persona el califato de Bagdad, en adelante con sede en El Cairo, que perduraría hasta la conquista otomana de 1517.

Las fuerzas egipcias de Baybars eran suficientes para mantener la zona siria bajo su dependencia, pero no para enfrentarse al Estado que los mogoles habían fundado en Persia y sus expediciones a Iraq fueron detenidas rápidamente por los tártaros.

En principio, Baybars centró su atención en la fortaleza de Krak, importante enclave en pleno desierto situado en una de las rutas de acceso a Siria, que había sido defendida con perseverancia por Renaud de Châtillon ante Saladino.

Desde 1250, Krak se encontraba en manos del príncipe ayyubí al-Malik al-Mughit, aliado de los mogoles. Baybars se apoderó también de Cesarea y Arsuf para acercarse a San Juan de Acre y asediar la ciudad. Sin embargo, no consiguió su objetivo y tuvo que retirarse, porque los mogoles, unidos a los armenios de Cilicia, acecharon Damasco, hasta que la muerte de Hulagu provocó la retirada de las tropas orientales hacia Persia.

En 1270 Baybars liberó Siria de las amenazas mogolas en la batalla de Al-Bira, sobre el Eufrates, a la altura de Alepo. Ocupó la Cirenaica y Barca, sometió Nubia y se enfrentó a los selchuqíes de Asia Menor, que se encontraban bajo la dependencia de los mogoles, para asegurar las fronteras septentrionales.

En 1277 le sucedió su hijo Baraka Jan, con el título de al-Malik al-Said, que se vio obligado a capitular y a renunciar a su poder en 1279 a consecuencia de una conspiración de sus emires. Le reemplazó su hermano Salamech con el título de al-Malik al-Adil, a sus siete años de edad, con un poder puramente nominal, mientras Egipto era gobernado por el administrador Sayf al-Din Qalawun. Este se aseguró el apoyo de los emires y la connivencia del califa para proclamarse sultán con el nombre de al-Malik al-Mansur.

Tempranamente tuvo que ocuparse de la revuelta del emir Sonqor, lugarteniente en Siria, iniciador de una rebelión en Gaza, y que a pesar de ser apoyado en un primer momento por los beduinos del norte fue abandonado por la mayor parte de sus soldados.

Sonqor, sin embargo, no desistió: creó un principado al norte de Siria, en Antioquía, reconocido por Qalawun mediante un tratado que se firmó en 1281 y, al mismo tiempo, invitó a los mogoles a que conquistaran Siria.

Los hermanos Abaqa y Mangou-Timur no rechazaron la invitación y fueron a enfrentarse a Qalawun, combatiendo entre las ciudades de Hama y Homs, en octubre de 1281.

Los mogoles fueron derrotados en esa ocasión, pero las tropas orientales volvieron a cruzar el Eufrates en 1300, 1301, 1303 y en 1313, hasta que la decadencia de su poder permitió fir-

mar, en 1323, un tratado de paz que fue respetado por los príncipes de Tabriz.

El Estado mameluco, que se creó inicialmente como respuesta a una situación histórica dramática en una región amenazada por dos frentes, creció en un ambiente político caracterizado por problemas de procedencia exterior. El Occidente cristiano creyó, paradójicamente, que los mogoles, a quienes se suponía próximos a la conversión, atacarían la retaguardia del *bárbaro* Imperio islámico. Pero el espíritu de cruzada se convirtió en un impedimento grave para sus relaciones económicas con el Oriente musulmán.

Sultanato hereditario

Baybars y Qalawun atacaban las plazas cristianas en cuanto la amenaza mogola cesaba su presión. Las luchas con los mogoles fueron interrumpidas momentáneamente a consecuencia del fallecimiento de Abaqa y la conversión al Islam de Takudar-Ahmad.

En 1285, Qalawun tomó los castillos de Krak y Marqab (Siria), en manos de los hospitalarios y también atacó la ciudad de Trípoli. Su hijo al-Malik al-Asraf Jalil se apoderó de San Juan de Acre en 1291.

Qalawun fue el único de los sultanes mamelucos que consiguió formar aparentemente una dinastía. En contra de lo que ocurrió entre sus predecesores, la mayor parte de sus descendientes ocuparon el trono de Egipto.

Creó un cuerpo nuevo de mamelucos mansuríes o circasianos que opuso a los turcos para asegurar su poder contra sus competidores, preparando a la vez la caída de su dinastía en el futuro: no en vano el dominio de los circasianos sobrevivió en Egipto al Imperio mameluco.

Los nuevos mamelucos, que se alojaron en las torres de la ciudad de El Cairo, recibieron el nombre de Burchíes. Tras la muerte de Qalawun y hasta 1382 el sultanato sería heredado por sus descendientes.

En ese período de tiempo se sucedieron doce sultanes al frente del Estado. No obstante, el poder real iba a concentrarse cada vez más en manos de los emires de la generación de mamelucos del sultán al-Nasir.

Cuando el primogénito de Qalawun fue asesinado a traición en El Cairo, logró imponerse su otro hijo, Muhammad al-Malik al-Nasir, el príncipe más destacado del siglo XIV, que reinó entre 1310 y 1341.

La administración de su Estado correspondía a una estructura de funcionarios civiles de tradición califal, pero el poder político correspondía a los emires y al sultán, en su calidad de jefe militar. Como resultado de la nueva condición hereditaria del sultanato, la sucesión en el poder se hizo más lenta.

En principio la vida política no experimentó grandes cambios, pero fue evolucionando: el sultanato se convirtió en una pesada responsabilidad, entendida, poco a poco, como menos necesaria para los contemporáneos, que se interesaban más por la vivencia islámica en detrimento del legalismo político.

Al-Malik al-Nasir fue muy pronto víctima de la usurpación por parte de uno de sus virreyes, Ketboga, quien sería perseguido por otros emires mamelucos a los que el efímero sultán acusó de mantener correspondencia con los mogoles de Persia, donde Ghazan acababa de acceder al trono. Ketboga se refugió en Damasco y fue reemplazado por Lachin, el promotor del complot, con el título de al-Malik al-Mansur.

Ketboga acabó sometiéndose y Lachin tomó el mando confinando a al-Malik al-Nasir en la ciudad de Krak. Pero su vida fue violentamente truncada en enero de 1299 y se eligió de nuevo a al-Malik al-Nasir como sultán, que contaba entonces catorce años.

En aquel tiempo, Ghazan Jan entró de nuevo en Siria, derrotó a al-Malik al-Nasir en Homs y ocupó Damasco. Aunque las victorias de al-Malik al-Nasir se sucedieron, derrotando a los generales de Ghazan en los primeros años del siglo XIV, pronto advertiría el príncipe que se formaba a su alrededor un complot.

La solución que adoptó resulta inaudita en un soberano de un imperio oriental: en 1309 abdicó bajo el pretexto de cumplir su peregrinación a La Meca. Se dirigió a Krak, se apoderó del tesoro de la fortaleza e interrumpió su viaje comunicando a los mamelucos que podían nombrar otro sultán.

Apenas un año después volvía a El Cairo a gobernar con prudencia e inteligencia, desplazando a Baybars II al-Malik al-Muzaffar, que le había sucedido.

Al-Malik al-Nasir intentó extender su área de influencia a la Tripolitania y al Yemen sin resultado, se esforzó en tratar con justicia a los cristianos y en protegerlos de los abusos de poder.

Durante su reinado, que se prolongó hasta 1341, Egipto vivió una época de tranquilidad.

Fue el último príncipe destacado en la familia de Qalawun y en la dinastía de los mamelucos bahríes. Le fueron sucediendo uno a uno sus ocho hijos, pero los sultanatos se reemplazaban en función del partido que se sentía fuerte para intentar dominar el poder político, sin que se impusiera ninguna opción.

Barquq

Los últimos años del sultanato bahrí estuvieron llenos de sucesos graves, como, por ejemplo, el acoso de Pedro de Lusignan, el rey de Chipre, en 1365 ante las costas de Alejandría, con una armada integrada por venecianos y genoveses.

El golpe de Estado definitivo, que entregó el poder a los mamelucos burchíes, corrió a cargo de Barquq, originario de Circasia, que fue comprado como esclavo en Crimea y conducido a Egipto en 1363. Gobernó con el nombre de Bar-

Escudo de un guerrero mameluco (Museo de Historia, Viena)

Minaretes de la mezquita del sultán Muayed, siglo XV, sobre las murallas medievales de El Cairo

quq al-Malik al-Zahir hasta 1399, manteniendo la seguridad de sus fronteras.

Un nuevo combatiente, Tamerlán, alteró de nuevo el continente asiático, dos siglos después de Gengis Jan. Un embajador del emperador turco fue asesinado por orden de Barquq mientras negociaba en Egipto para establecer relaciones amistosas entre los dos Estados. La guerra estalló y las escaramuzas entre los dos ejércitos fueron frecuentes durante el reinado de Farach.

A la muerte de Barquq las tropas de Tamerlán ocuparon Siria y se acercaron a Egipto. Tras tomar las ciudades de Alepo y Damasco, deportaron a Samarcanda a los intelectuales y técnicos que residían en estas dos ciudades.

A lo largo del siglo XIV el Estado mameluco había sobrevivido, en parte, gracias a la debilidad de los diversos janatos mogoles, ocupados en sus propias rivalidades. Finalmente, Tamerlán envió sus embajadores a Farach para afirmar la paz, obligándole a reconocer la superioridad turca que se mantuvo hasta la muerte del Jan.

Después Farach sería víctima de las rebeliones de los mamelucos zahiríes, que durante diez años lucharon para derrotarle y se sublevaron en Damasco y Alepo. Le sucedieron a su muerte cuatro príncipes zahiríes: Sayj (1412-1421), Barsbay (1422-1438), Yaqmaq (1438-1453) e Inal (1453-1461).

En 1468 llegó al sultanato un asrafí, un mameluco de Barsbay que gobernó con el nombre de al-Malik al-Asraf, soldado de valor que tuvo que medir sus fuerzas con el creciente poder otomano. En su tiempo se alcanzó el momento más esplendoroso del Imperio circasiano.

Pronto los timuríes, descendientes de Tamerlán, establecidos en Samarqanda, se convertirían en príncipes pacíficos. Los sultanes mamelucos prestaron mayor atención a la situación de Anatolia, posible base de partida para la invasión de sus posesiones. No en vano al noroeste de la península anatólica empezaba a fortalecerse el principado otomano con el proyecto de proseguir la obra de los selchuqíes y rehacer la unidad en Asia Menor.

La división de Anatolia en pequeños reinos turcomanos fue el resultado de una política favorecida por los sultanes mamelucos con el objetivo de proteger sus fronteras septentrionales. A finales del siglo XIV el enfrentamiento entre las dos potencias era inminente.

En tiempos del sultán Qansuh (m. 1516) los dos ejércitos se encontraron cerca de Alepo. El turco se vio apoyado por el uso de la artillería. El sucesor de Qansuh, el último de los sultanes mamelucos, intentó la defensa, pero, a pesar de su esfuerzo, El Cairo fue ocupado.

Tuman-bag volvió a tomarlo durante ocho días hasta que los otomanos irrumpieron en masa y huyó al Alto Egipto. Reorganizado su ejército, combatió durante dos días en el llano de las Pirámides, donde fue arrestado por los beduinos y entregado a los otomanos. Su cautiverio y posterior ejecución, el 15 de abril de 1517, determinaron la integración de Egipto como provincia del Imperio turco en manos de Selim I.

EL SULTANATO DE LOS MAMELUCOS

Sinope (Gen.)
Amasia (Gen.)
Samsun (Gen.)
IMP. DE TREBISONDA
Trebisonda
Kastamonu
Edirne
IMP. BIZANTINO
Constantinopla
Ankara
Sivas
Tabriz
IMPERIO OTOMANO
(hacia 1400)
Malatya 1277
IMPERIO DE TAMERLAN
(hacia 1410)
DULGADIR 1471
Focea (Gen.)
Esmirna
Konya
Sis
Edessa
RAMANIES
Mosul
ACAYA
ATENAS
DUCADO DE NAXOS
Mistra (Biz.)
Antalya
1375
Alepo
Antioquía 1268
CABALLEROS DE SAN JUAN
CHIPRE 1424-1426
Hama
1281
Homs
CRETA (Venecia)
Tripoli
Bagdad
Beirut
Damasco
SIRIA
MAR MEDITERRANEO
Acre
Ayn Yalut, 1260
Jerusalén
Barca
Alejandría
Daimietta
Mansurah, 1250
Gaza
Krak
El Cairo
Ridaniye, 1517
Ayla
CIRENAICA
Siwa
El Fayyum
EGIPTO
Asyut
Augila
Qus
Oasis de Kufra
ARABES BEDUINOS
Assuán
MAR ROJO
Medina
JERIFES DE LA MECA
Ibrim
Aydhab
Jidda
La Meca
Faras
REINO DE MAKURRA
Suakin
Dongola 1275
Meroe
RASULIES 1228-1446
Massaua
Soba
REINO DE ALOA
Axum
ETIOPIA

Tortosa, 1291
DE Trípoli, 1289
TRIPOLI
Beirut, 1291
Damasco
Sidón, 1291
REINO
Tiro, 1291
Acre, 1291
DE
Cesarea, 1265
JERUSALEN
Arsuf
Jaffa, 1268
Jerusalén
Krak
ESTADOS LATINOS HACIA 1250

El sultanato de Egipto, a mediados del siglo XIII
Conquistas y ocupaciones temporales, siglos XIII-XV
Vasallos
El sultanato y su zona de influencia, a comienzos del siglo XV
Principales campañas de los mamelucos
Incursiones de los mogoles (siglos XIII-XIV)
Sexta cruzada (Luis IX de Francia, 1248-1254)
Expedición de Pedro I de Chipre (1365)

G. LLORENTE

Los turcos otomanos

Por Francisco Castelló

Profesor de Filología Arabe. Universidad de Barcelona

TRAS el debilitamiento y posterior derrota de la dinastía selchuquí en Kösedag (1243) por los mogoles, algunos grupos gobernados por caudillos turcomanos se hicieron fuertes en la zona occidental de Anatolia, apoyados por hermandades religiosas que a su vez incitaban a la lucha contra los bizantinos. A ambos lados de la frontera se creó una sociedad de *ghazis* musulmanes y *akritoi* griegos cristianos, antagonistas en lo religioso, pero bien dispuestos al intercambio de ideas.

En 1271 tiene lugar en la zona musulmana un levantamiento contra los mogoles idólatras, y los mamelucos de Egipto acuden en ayuda de los rebeldes. La revuelta es cruelmente aplastada por aquéllos, que a partir de ese momento mantienen guarniciones estacionadas en Anatolia.

Esta situación provoca un trasiego de gentes que huyen del poder mogol, y un aumento de la población en la zona fronteriza con Bizancio. Como resultado, se hacen más y más frecuentes las incursiones de los *ghazis* a las ricas planicies bizantinas, con la motivación ideológica de la *guerra santa* y la ampliación del *Darülislam* (palabra turca del árabe *dar al-Islam, casa del Islam* o territorio ganado para la religión musulmana).

El sultán Murat I (Biblioteca Nacional, París)

De uno de aquellos grupos turcomanos, que se había erigido en emirato independiente, surgió, a comienzos del siglo XIV, en la frontera de Bitina, un núcleo expansivo bajo el Gobierno de Osmán Ghazi, o Utmán, que daría nombre a los otomanos.

La *guerra santa* fue desde el comienzo de la expansión un factor importante en la fundación y posterior desarrollo del imperio, aunque algunas teorías creen también que contribuyó a ello la aceptación del Islam por los habitantes griegos de las riberas del mar de Mármara, que tenían la intención de formar un nuevo imperio bizantino organizado como Estado musulmán.

Con Orján Ghazi, hijo de Osmán, puede decirse que se consolida la fundación, anexionándose las costas meridionales del mar de Mármara y de los Dardanelos, y creando una administración turca con participación de griegos adictos. El turco se convierte por primera vez en lengua administrativa y literaria. Orján acuñó sus primeras monedas de plata en Bursa (1327) y estableció una *medrese*, o escuela religiosa, en Iznik (1331), haciendo de Bursa un gran centro comercial con la creación de un bazar.

El célebre escritor y viajero árabe de Tánger, Ibn Battuta, visitó esta ciudad en aquella época y cuenta: *[...] llegamos a Bursa, ciudad grande con bonitos zocos y anchas calles. Jardines y manantiales la rodean por todas partes. Por fuera corre un río, cuyas aguas son muy calientes y surten un gran estanque. Junto a él hay dos edificios, uno para los hombres y otro para las mujeres, y los enfermos vienen a curarse a estas termas desde los puntos más alejados del país [...]. Fue un rey turcomano quien las construyó.*

El siguiente paso, dentro de la tónica de conquista, era cruzar a Europa y expansionarse hacia los Balcanes. Las primeras tentativas fueron poco favorables, debido a la resistencia bizantina. La ocasión propicia fue la disputa por el trono entre Juan VI Cantacuzeno y Juan V Paleólogo. Orján ayudó en sus pretensiones al primero, casándose con su hija Teodora, lo cual dio la oportunidad a los otomanos de intervenir en los asuntos de Bizancio y de establecerse definitivamente en Tracia (1354), al mismo tiempo que se realizaban nuevas conquistas en la parte central de Anatolia y se consolidaba el Estado.

El hijo de Orján, Murat I (1362-1389) atacó a la vez a bizantinos y servios. Antes de suceder a su padre había conseguido conquistar en 1361 la ciudad de Adrianópolis, la actual Edirne, tras la muerte súbita de su hermano Solimán.

Este hecho hizo circular por Italia fundados temores acerca de la inminente caída de Cons-

Medalla de Mehmer II Conquistador, acuñada por G. Bellini (Museo de Historia, Viena)

Tamerlán en una audiencia, según un grabado del siglo XVIII

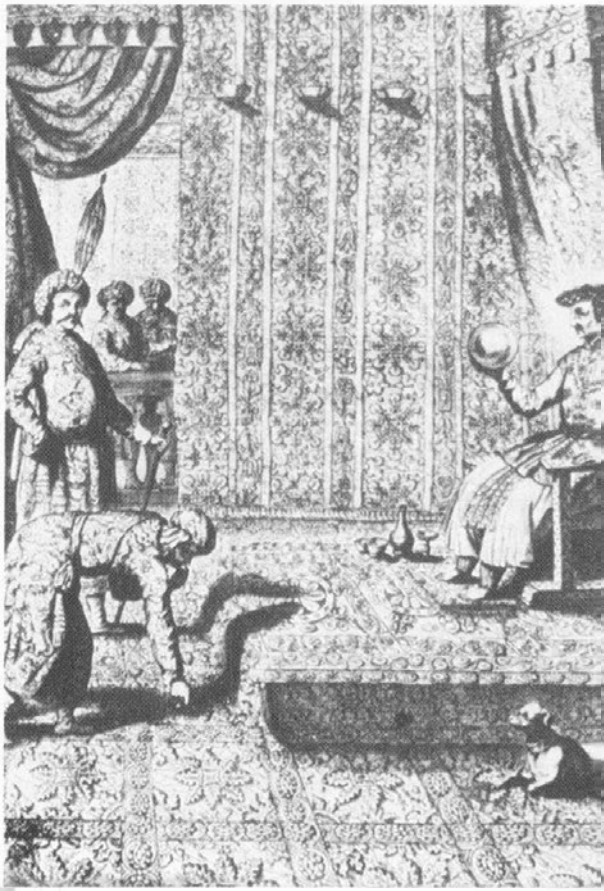
tantinopla, y motivó un llamamiento del papa Urbano V a los soberanos europeos para dirigir una cruzada contra los turcos y expulsarlos de los Balcanes.

El único que respondió a la llamada fue Amadeo II de Saboya, quien consiguió reconquistar la ciudad de Gallípoli (1366). Sin embargo, las tentativas de unión de los soberanos balcánicos fracasaron, y tras la batalla de Maritza (1371) tuvieron que reconocer la soberanía otomana.

Murat I consiguió crear, tanto en los Balcanes como en Anatolia, un embrión de imperio, basado en las relaciones de vasallaje de los distintos príncipes sometidos, y murió en el campo de batalla al sofocar una rebelión serbia a la que se habían unido Bosnia y Bulgaria. Inmediatamente le sucedió su hijo Bayaceto, tras haber sido ejecutado su hermano para evitar una guerra civil.

Bayaceto

Bayaceto I *Yildirim, el Rayo* (1389-1403) extiende el imperio al resto de Anatolia y consolida la presencia del elemento turco en la organización militar y civil. En poco tiempo se apoderó de los últimos principados *ghazis* de Anatolia occidental, del principado de Karaman, y se enfrentó a la resistencia del sultán de Silvas en el extremo oriental.



Especial importancia tuvo la creación del cuerpo de jenízaros, compuesto por levas de niños cristianos de los Balcanes que eran llevados a Anatolia e islamizados allí, tras lo cual pasaban a formar parte de un cuerpo de élite del ejercicio e incluso de la organización civil.

Simultáneamente, en Europa, los valacos invadían, con la ayuda de Hungría, Silistria y la Dobruja, y los bizantinos recuperaban Salónica. Dada la dedicación total de Bayaceto a los asuntos de la guerra, no tuvo inconveniente en cruzar de nuevo el Bósforo. Sometió otra vez Rumelia y consiguió vencer definitivamente a los búlgaros tras la ocupación de Tirnovo (1393). Salónica fue recuperada un año más tarde y Constantinopla sitiada, aunque sin vencer la resistencia de la ciudad.

Mientras tanto, el papa Bonifacio IX conseguía hacer renacer en Europa la antigua idea de una cruzada contra *el infiel,* idea que cristalizó con la formación de un ejército en la ciudad de Buda, al mando del rey Segismundo de Hungría. La falta de entendimiento entre sus miembros y de un mando táctico unificado hizo que Bayaceto lo derrotara fácilmente, desvastando el sur de Hungría y llegando incluso a la región austriaca de Estiria.

En 1394 Bayaceto envió una embajada a El Cairo al califa Mutawakkil, pidiéndole que le fuera otorgado el título de *Sultan al-Rum,* como reconocimiento a sus méritos en la lucha por la expansión del Islam. El sultán mameluco Barquq dio su aprobación al califa para que concediera dicho título, considerando conveniente una posible alianza con los otomanos ante el creciente peligro mogol.

Tras volver a Anatolia, ocupó la ciudad de Konya y destruyó el Estado de Karamán (1397), adentrándose por el valle del Eufrates y apoderándose al mismo tiempo de algunas ciudades en territorio mameluco.

Mientras tanto, los Estados cristianos de Occidente pensaban a su vez en una alianza con los mogoles para contrarrestar la creciente expansión turca. La amenaza evidente que representaba Tamerlán por el Este debía ser aprovechada.

El rey de Francia mandó embajadas al caudillo mogol, e hizo otro tanto el rey Enrique III de Castilla, cuyo embajador, Ruy González de Clavijo, describió en su libro *Embajada a Tamerlán* las costumbres nómadas de aquellas gentes, y las de los pueblos cuyos territorios tuvo que cruzar.

Al mismo tiempo, la amenaza mogol representaba una seria contrariedad a la idea imperial de Bayaceto de transformar —como ya se dijo— el conjunto de principados vasallos en un nuevo Estado centralizado. Había llegado el momento del enfrentamiento entre los dos caudillos.

Tamerlán, o más propiamente Timur Lang, de *timur hierro* y *lang cojo* en turco, había nacido en la ciudad de Shahr-i Sabz, la antigua Kish, en el año 1336. Era hijo de un jefe de la nobleza turca perteneciente a la familia de Barlas, y pretendido sucesor de Gengis Jan a través de la rama de Tului y Kubilai; es considerado el fundador del segundo gran imperio mogol.

Sirvió en la corte del reino Chagatai de Samarcanda, ciudad de la que se apoderó, junto con el territorio de Transoxania, de la que era capital, en el año 1370. Los turcos habían comenzado ya a desplazar en 1346 al elemento mogol en Asia central, consolidando su hegemonía al tomar el poder Tamerlán.

Un siglo antes era ya difícil establecer una frontera lingüística entre ambos pueblos, y se da el caso curioso de la existencia de una tribu mogol llamada *Sekiz Müren* (los Ocho Ríos), de *sekiz, ocho* en turco, y *müren, río* en mogol.

La historia de su imperio se conserva en tres redacciones diferentes, cuya composición en persa fue ordenada por él mismo. La primera fue editada en 1915, según un manuscrito único de Tashkent. La segunda, de Nizam al-Din Sami, que se prolonga hasta 1403, lleva por título *Zafer-namé, el Libro de la Victoria.* La más conocida es, sin embargo, la tercera: el *Zafer-namé,* de Saraf al-Din Yezdi, comenzada en 1419 y acabada en 1425.

También son importantes la crónica llamada *Tarij-i-jani, Historia del Jan,* escrita por un *bajchi,* escriba, en escritura y lengua uygures, y los relatos del embajador del rey de Castilla Enrique III antes mencionados.

El choque entre los ejércitos de Tamerlán y Bayaceto tuvo lugar en las cercanías de Ankara, en julio del año 1402. La derrota otomana fue total; Bayaceto fue hecho prisionero junto con su hijo Mehmet cuando intentaba huir, mientras sus hermanos Isa y Musa conseguían escapar.

Se cuenta que al principio los vencedores trataron a Bayaceto con consideración, pero, tras un intento de fuga, reforzaron las medidas de vigilancia metiéndole en una jaula de hierro.

Toma de Constantinopla

El orden creado por Bayaceto se derrumbó; Tamerlán restableció los antiguos emiratos iljaníes, cuyos señores buscaron una cierta independencia bajo su protección, y lo que quedaba del antiguo Estado fue repartido entre los hijos de Bayaceto, que aceptaron la soberanía mogol. Estos, tras la muerte de Tamerlán, se disputaron el control de los antiguos territorios durante diez años, tras los cuales Mehmet I venció a sus hermanos, restableciendo en poco tiempo la unidad y consiguiendo el poder absoluto después de sofocar una importante rebelión en Aydin, para lo cual tuvo que recurrir a un gran contingente de tropas.

Murat II (1421) sucedió a Mehmet I, e intentó en vano la conquista de Constantinopla. Recuperó, sin embargo, algunos territorios perdidos

ANATOLIA, A MEDIADOS DEL SIGLO XIV

de Asia Menor, conquistó Salónica a los venecianos en 1430 y atacó sin éxito Belgrado, sitiando doce años más tarde Sibiu, de la que tuvo que retirarse ante la fuerza del húngaro Hunyadi, que contaba con la ayuda de serbios, polacos y alemanes.

A continuación conquistó Nish, Varna y las ciudades griegas de Patras y Corinto, siguiendo hacia Albania, donde encontró la resistencia de Jorge Kastriota, llamado por los turcos Skander Beg. Por último consiguió vencer a Hunyadi en Kosovo, y después de lograr que Constantino Paleólogo fuera nombrado emperador de Bizancio, murió en 1451.

A Murat II le sucedió su hijo Mehmet II (1451-1481), llamado también *Fatih, Conquistador;* fue él quien finalmente logró apoderarse de Constantinopla. El hecho ocurrió tras la construcción, en el lado occidental del Bósforo, de la fortaleza de Rumeli Hisari, enfrente de la construida en el lado oriental por Bayaceto I, con lo que se impidió el paso a los refuerzos marítimos de ayuda a Constantinopla.

El sitio de la ciudad duró cincuenta y cuatro días, del 6 de abril al 29 de mayo de 1453. Tras ocasionar una brecha en sus murallas mediante el disparo de un proyectil de cañón y herir al jefe de la defensa mercenaria genovesa Giustiniani-Longo, lo que provocó el hundimento moral de la población, los otomanos entraron en la ciudad.

El mismo emperador bizantino murió luchando en las calles, y hacia el mediodía de ese 29 de mayo, Mehmet apareció en la ciudad, ordenó el alto el fuego a sus tropas y tomó posesión de la iglesia de Santa Sofía como templo del Islam. Los genoveses del barrio de Gálata, que se habían mantenido neutrales durante el asalto, consiguieron una capitulación favorable a cambio de entregar las armas.

Mientras se reparaban las murallas y se reconstruía la ciudad, Mehmet volvió a Adrianópolis antes de fijar su residencia definitiva en la nueva Estambul. Especial interés tuvo en que se mantuvieran las instituciones religiosas cristianas de los griegos. Con sus jerarquías, al igual que se hizo anteriormente con los búlgaros, y siguiendo la tradición musulmana de respeto hacia la *gente del libro*, es decir, cristianos y judíos.

Muchos de los antiguos habitantes volvieron a sus casas, atraídos por las condiciones favorables de la repoblación. Dada la posición estratégica de la ciudad y el nuevo vigor adquirido con estas condiciones, llenándose tanto de gentes de Europa como de musulmanes de Asia, Estambul se convirtió en centro comercial entre dos mundos y foco espiritual y cultural del Islam.

Poco después pasan a manos otomanas Moldavia, Crimea y Albania, instituyéndose una reglamentación territorial con leyes para cada zona, teniendo como base los principios musulmanes y las tradiciones locales, llamada *qanunnamé*.

Bayaceto II (1481-1517), hijo mayor de Mehmet II, siguió la labor de su padre de engrandecer y fortalecer el imperio. Tras una lucha fratricida por el poder, derrotó a su hermano Jem, que había sido designado sucesor del trono y había propuesto la división del imperio en una parte europea y otra asiática.

Más tarde tuvo que hacer frente a un ataque de los mamelucos en Cilicia, con los que estableció un pacto de paz en 1491; lo mismo hizo con los húngaros en 1495 y 1503, y con los venecianos en 1502.

Solimán el Magnífico

Su hijo Selim I le arrebató el poder en 1512, apoyado por los jenízaros, y extendió el imperio hacia Persia, donde tras vencer a los safawíes de secta *chií*, en 1514, entró en su capital, Tabriz. A continuación pasó al Kurdistán, a Siria y a Egipto, donde reinaban los mamelucos que cayeron con la derrota de su sultán Qansuh en Dabiq, en 1516, la toma de El Cairo, y la ejecución del sucesor de aquél, Tumanbay, en 1517.

El califa abbasí, que se mantenía como jefe espiritual entre los mamelucos en El Cairo, fue trasladado a Estambul, y más tarde el sultán otomano obtuvo el reconocimiento del jerife de La Meca como jefe ortodoxo o *sunní*, título que se conservó hasta 1924.

Selim se disponía a conquistar Rodas a los Sanjuanistas cuando le sobrevino la muerte en 1520.

Suleymán I *Qanuni, el Legislador,* conocido en Occidente como Solimán el Magnífico, sucedió a la edad de veintiséis años a su padre Selim I en 1520. Su reinado se caracterizó por marcar el punto culminante del imperio en el plano político y la edad de oro en el cultural.

Sus conquistas alcanzaron en Europa hasta Hungría, donde, con la victoria de Mohács en agosto de 1526 y la toma de Buda, se le abrieron las puertas para llegar a Viena, ciudad a la que sitió, teniendo que retirarse unas semanas más tarde, debido a los refuerzos españoles que Carlos V mandó contra él.

Instituciones

La creciente fuerza de los Estados cristianos del Mediterráneo occidental y la expansión de los rusos, a costa de los janatos mogoles del Volga, marcaron el comienzo del declive del imperio que, con la derrota de Lepanto en 1571, más moral que estratégica, siguió paulatinamente hasta el siglo xx, cuando al acabar la Primera Guerra Mundial se liquidó y se instituyó la moderna república laica de Turquía, con un territorio limitado a Asia Menor y a la pequeña zona europea de Edirne.

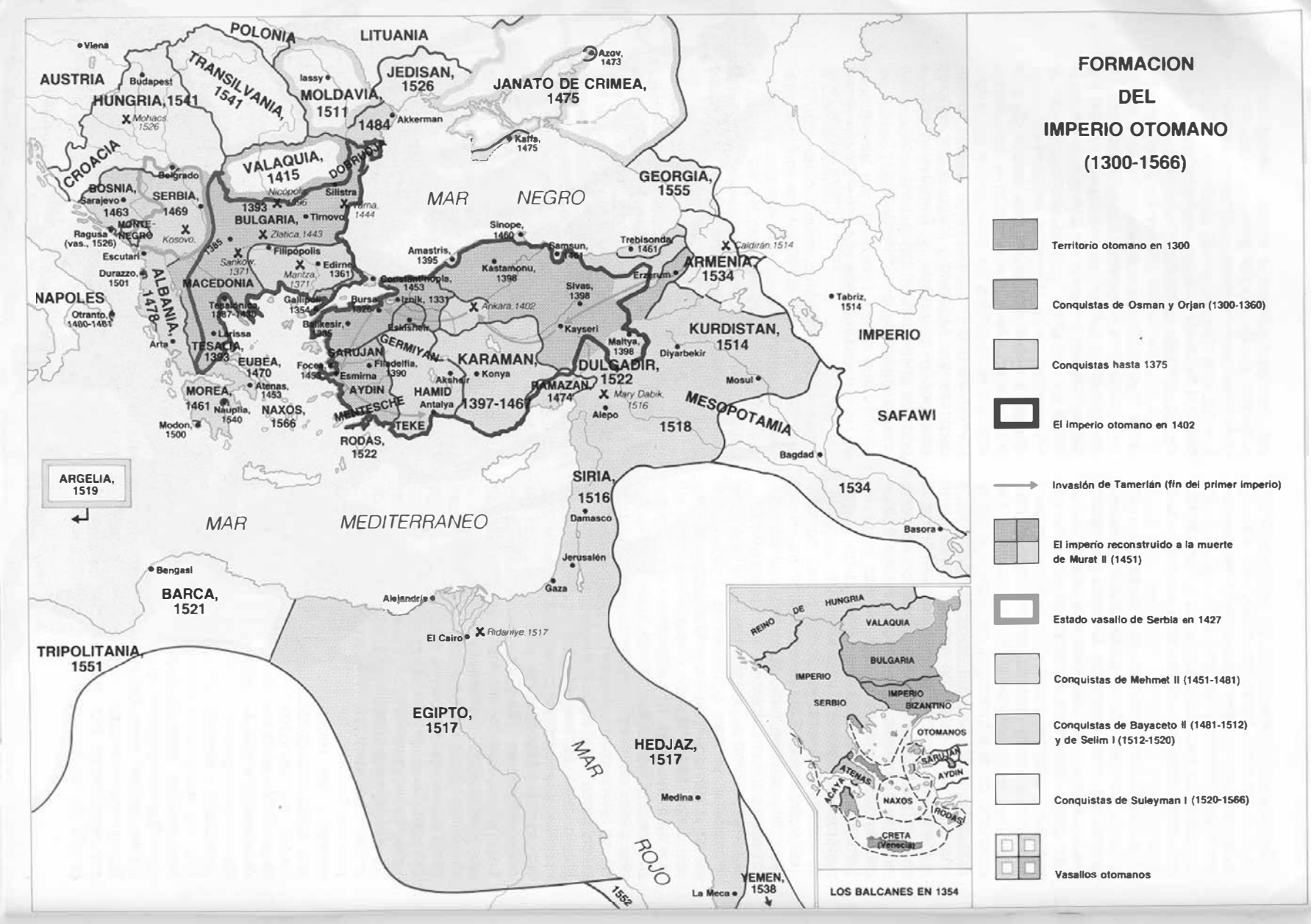
El constante flujo y reflujo en la evolución del Imperio otomano hace imposible una descripción concreta de sus instituciones válida para todas las épocas. Estas se fueron creando para satisfacer las necesidades de los nuevos territorios conquistados y alcanzaron su cenit en el siglo XVI.

Sucesión: Osmán I instituyó a su familia como dinastía reinante, hecho jamás discutido durante seiscientos cincuenta años. El poder pasaba de padre a hijos, sin que esto significase que el hijo mayor sucediera necesariamente a su padre. A los catorce años los hijos del sultán eran nombrados gobernadores provinciales, o *sanchakbeyi*, y únicamente el más capaz en el desempeño de sus funciones conseguía la adhesión del ejército. De este modo, obedeciendo a una especie de selección natural, el más fuerte e inteligente de los hijos ocupaba el trono al morir su padre; era corriente que entonces matara a sus hermanos, siguiendo la ley del fratricidio, destinada a evitar guerras civiles. Sólo a partir de 1603, con Ahmet I, desapareció esta ley, introduciéndose incluso el mayorazgo.

El sultanato: El sultán era la cúspide de poder; en torno suyo se situaban otros círculos concéntricos representados por diversas intituciones, la más significativa de las cuales era la de los jenízaros. Estos formaban un cuerpo que se nutría de niños capturados en los Balcanes y llevados a la corte imperial, donde se islamizaban y servían como pajes. Más tarde perfeccionaban la lengua, la etiqueta y aprendían ciencias de la administración y artes marciales. Después, bajo la supervisión de los eunucos blancos, pasaban al servicio directo del sultán. Otro círculo de poder era el que formaba el *harem,* dominado por la madre del sultán, con las esposas, los hijos, las favoritas y las esclavas, todos ellos guardados por eunucos negros. Más alejados estaban los encargados municipales, guardias y mensajeros. La administración central estaba presidida por el *gran visir* o primer ministro, y representada por otros visires, por el jefe de los jenízaros, por los *kadiasker* o jueces militares, por el *kapudan pacha* o almirante, y otros cargos.

Administración provincial: Originariamente había dos grandes provincias, Rumelia y Anatolia, gobernadas cada una por un *beylerbeyi* o señor de los señores. Estas provincias se subdividían en zonas gobernadas por los *sanchakbeyi.* Más tarde se crearon las nuevas provincias o *eyalet,* y los distritos o *sanchak.* Los gobernadores de las pequeñas subdivisiones actuaban como señores feudales y aportaban a la guerra los batallones de caballería o *sipahi.* De acuerdo con lo heterogéneo de las diferentes regiones del imperio podía haber modificaciones locales de esta organización. Así, en las fronteras con Persia eran los jefes kurdos los encargados del orden; Crimea era gobernada por janes tártaros semiindependientes; Moldavia y Valaquia por señores cristianos o *hospodary,* y Transilvania por un príncipe cristiano. Los chiíes, cristianos y judíos eran excluidos de la administración.

Los jenízaros, un cuerpo de élite al servicio del sultán (Biblioteca Nacional, Viena)


FORMACION
DEL
IMPERIO OTOMANO
(1300-1566)
Territorio otomano en 1300
Conquistas de Osman y Orjan (1300-1360)
Conquistas hasta 1375
El imperio otomano en 1402
Invasión de Tamerlán (fin del primer imperio)
El imperio reconstruido a la muerte de Murat II (1451)
Estado vasallo de Serbia en 1427
Conquistas de Mehmet II (1451-1481)
Conquistas de Bayaceto II (1481-1512) y de Selim I (1512-1520)
Conquistas de Suleyman I (1520-1566)
Vasallos otomanos
POLONIA
LITUANIA
AUSTRIA
HUNGRIA, 1541
TRANSILVANIA, 1541
MOLDAVIA, 1511
JEDISAN, 1526
JANATO DE CRIMEA, 1475
Azov, 1473
Kaffa, 1475
Akkerman
1484
CROACIA
VALAQUIA, 1415
DOBRUDJA
BOSNIA, 1463
SERBIA, 1469
BULGARIA, 1393
Tirnovo
Silistra
MAR NEGRO
GEORGIA, 1555
ARMENIA, 1534
Trebisonda, 1461
Caldirán, 1514
Sinope, 1460
Samsun, 1461
Amastris, 1395
Kastamonu, 1398
Erzerum
Sivas, 1398
Tabriz, 1514
IMPERIO
NAPOLES
ALBANIA, 1478
MACEDONIA
Filipópolis
Edirne, 1361
Constantinopla, 1453
Bursa, 1326
Iznik, 1331
Ankara, 1402
Kayseri
Maltya, 1398
KURDISTAN, 1514
Diyarbekir
TESALIA, 1393
EUBEA, 1470
SARUJAN
GERMIYAN
KARAMAN,
DULGADIR, 1522
RAMAZAN, 1474
Mosul
MOREA, 1461
AYDIN
HAMID
1397-1461
MENTESCHE
TEKE
NAXOS, 1566
RODAS, 1522
Alepo
Mary Dabik, 1516
MESOPOTAMIA
1518
SAFAWI
Bagdad
1534
ARGELIA, 1519
SIRIA, 1516
Damasco
Basora
MAR MEDITERRANEO
Jerusalén
Gaza
Bengasi
BARCA, 1521
Alejandría
El Cairo
Ridaniye, 1517
TRIPOLITANIA, 1551
EGIPTO, 1517
HEDJAZ, 1517
MAR ROJO
Medina
La Meca
YEMEN, 1538
1552
REINO DE HUNGRIA
VALAQUIA
BULGARIA
IMPERIO SERBIO
IMPERIO BIZANTINO
OTOMANOS
SARUJAN
AYDIN
ATENAS
ACAYA
NAXOS
RODAS
CRETA (Venecia)
LOS BALCANES EN 1354

Los reinos del Magreb

Por María Jesús Viguera
Catedrática de Arabe. Universidad Complutense de Madrid

EL reinado del califa almohade Muhammad al-Nasir (1199-1214) —el *Miramamolín* de nuestras crónicas— significaba la dislocación de aquel imperio que había logrado dominar, durante más de medio siglo, desde Libia a al-Andalus. Una derrota decisiva, infligida a este califa por las armas cristianas, en Las Navas de Tolosa (Jaén), el año 1212, es el primer símbolo de la decadencia.

Al-Nasir abdicó enseguida en su hijo al-Mustansir (1214-1224), que será asesinado; muerte violenta en que le siguen otros califas de aquellos difíciles tiempos: ahogado perece al-Adil (1227); en emboscada, al-Said (1248).

Las luchas civiles, entre diversos pretendientes al poder, dan ocasión de intervenir en los asuntos magrebíes a las potencias cristianas, y Fernando III de Castilla destaca un cuerpo de soldados cristianos al servicio de algunos soberanos norteafricanos.

Así se inicia uno de los más importantes cambios que traerá la Baja Edad Media: poco a poco el centro de la contienda entre el Islam y la Cristiandad en el Mediterráneo occidental dejará de localizarse en tierras europeas, y desde el sur de la Península Ibérica se irá desplazando hacia el norte de Africa.

Es decir, desde la primera mitad del siglo XIII hasta finales del siglo XV, se desarrolla una fase histórica en la relación de fuerzas entre los Estados del Mediterráneo occidental, que desemboca en la reducción del Islam peninsular, con la toma de Granada (1492), y en las ocupaciones de plazas magrebíes por castellanos y portugueses desde esa misma centuria.

En los comienzos de esta fase, y tras la derrota musulmana de Las Navas, ocurre la progresiva expulsión y retirada de los almohades de al-Andalus, que, falto de un eje centrípeto de poder, se fragmenta en las llamadas *terceras taifas*, bajo señores locales entre los que destaca Abu Abd Allah Ibn Hud (1228-1238), alzado contra los almohades en Murcia, y que logró ser reconocido como *emir de los musulmanes* en el sur y en el Levante, antes de perder terreno frente a las campañas de Jaime I (conquista de las Baleares, entre 1229 y 1239; de Valencia, en 1238), y a las de Fernando III (Córdoba, 1236; Sevilla, 1248) y de Alfonso X (Murcia, 1266; Cádiz, 1264).

Pero, sobre todo, Ibn Hud fue derrotado por el fracaso de su opción política, pues inviable era ya resistir al impulso conquistador cristiano, pretendiendo continuar, sin posibilidades, el ideal almohade de hacer frente al avance de los reinos cristianos, cuando las masas populares andalusíes parecían resignadas a reconocer el poder político cristiano, a cambio de un estatuto mudéjar, en que aún mantenían algunos derechos.

La vía del vasallaje, aunque conservando un territorio propio, fue seguida por otro caudillo musulmán, oponente de Ibn Hud, el llamado Muhammad I, que en 1232 funda el *reino nazarí de Granada*, con ayuda del monarca castellano, a quien el sultán nazarí paga tributo y auxilia en acciones guerreras.

Este reino granadino logrará mantenerse durante dos siglos y medio, tras los montes que cierran la Andalucía mediterránea, desde Gibraltar hasta Almería, gracias a las defensas naturales, a las debilidades de los reinos hispánicos durante el crítico siglo XIV, y gracias a la cambiante y compleja política de alianzas.

En el norte de Africa, la decadencia de los almohades ha dado paso a la constitución de tres Estados: hafsíes de Túnez, zayyaníes de Tremecén, benimerines de Fez.

De este modo, desde mediados del siglo XIII a finales del XV, los protagonistas de la situación en el Mediterráneo occidental serán, por parte cristiana: la corona catalanoaragonesa y la castellana, sin olvidar la presencia, siempre al quite, de Portugal, Francia y potencias italianas. Y por parte musulmana: Granada y los tres Estados norteafricanos; al fondo, los mamelucos de Egipto; luego, los turcos.

En su afán por ganar la partida, cada una de estas potencias mantiene un inquieto e intenso juego diplomático, en que las alianzas no se ordenan por religiones, sino que cambian de dirección continuamente.

Los hafsíes de Túnez (1229-1574)

Esta dinastía beréber empezó colaborando en el Gobierno almohade, pero desde 1229 se proclamó independiente de Túnez; pretendía ser heredera de los almohades, en cuyo tiempo había sobresalido.

Esta aureola les hizo ser reconocidos nominalmente como soberanos de otros territorios, por ejemplo en Granada, donde se rezó en nombre del soberano hafsí en algún tiempo. Desde mediados del siglo XIII los hafsíes utilizaron el título califal, reconocido por zayyaníes y benimerines, al principio, e incluso por los mamelucos de Egipto, durante un año al menos.

El reino hafsí, con capital en Túnez, se extendió en sus mejores épocas desde Trípoli hasta

Constantina y Bugía, y ocupó Argel, en repetidas ocasiones.

La dinastía hafsí estuvo en alza durante los cincuenta años centrales del siglo XIII, hasta que en el último cuarto de siglo aparecen varios pretendientes al poder, mientras las tribus árabes, en el sur del país, se proclamàn independientes.

Los años finales del XIII y los comienzos del XIV fueron tiempos de inquietud política interna, que ocasionó la intervención de potencias extranjeras: en 1270, la flota francesa, mandada en persona por Luis IX de Francia, se presentó ante Túnez. Pedro III de Aragón (1276-1285) también intervino.

Los zayyaníes de Tremecén procuraron aprovechar aquella decadencia política, expansionándose a costa de sus vecinos orientales. El califa hafsí llamó entonces en su ayuda a los benimerines de Fez, que acabaron por animarse a conquistar Túnez en su propio provecho, manteniendo la ocupación entre 1347-1350; diez años después, nuevas disensiones internas desencadenaron una nueva ocupación benimerín de Túnez.

Lograron rehacerse los hafsíes en los últimos años del siglo XIV, conociendo días de gloria en tiempos de los califas Abu Faris (1394-1434) y Abu Amr (1435-1488). De nuevo dominaron Argel y atacaron Tremecén; marcharon luego contra los benimerines, aunque enseguida pactaron con éstos y les ayudaron contra los ataques portugueses.

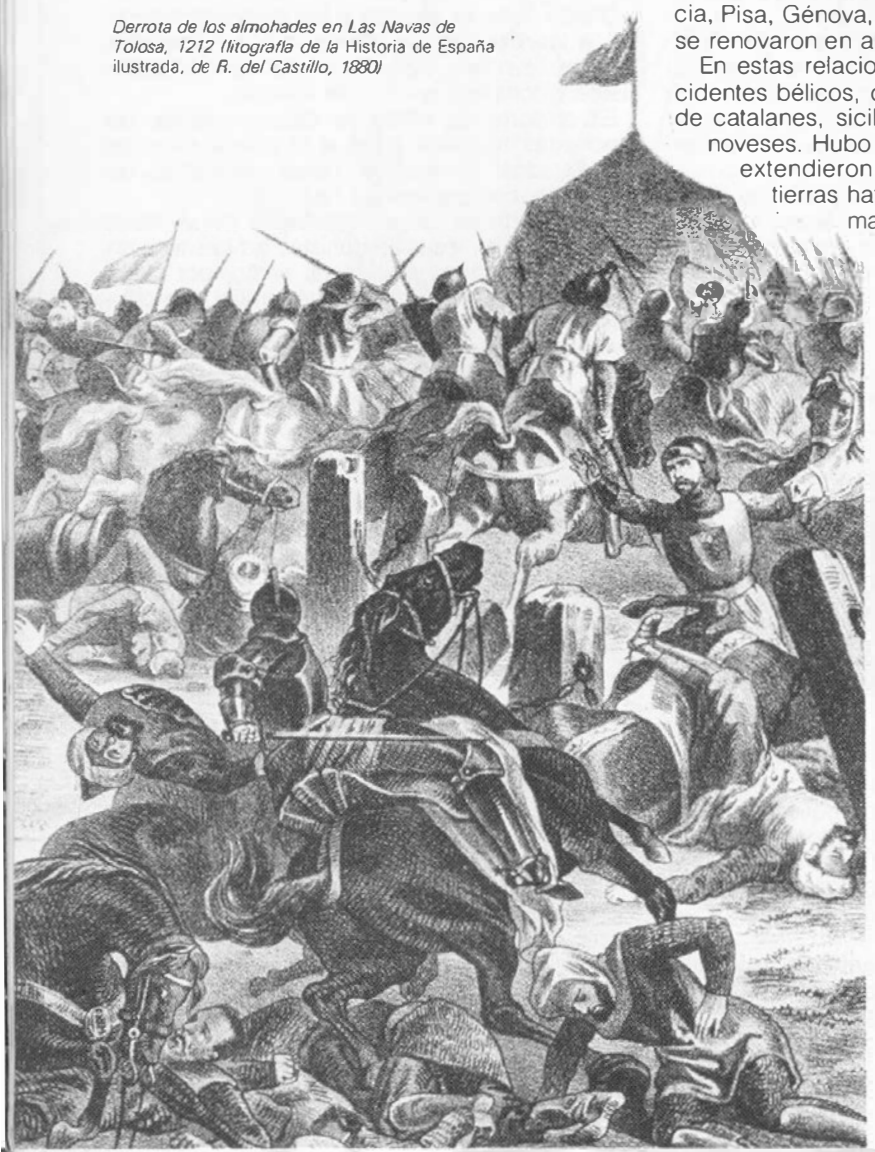
Durante este período de lustre final, los hafsíes mostraron un renovado interés por los asuntos de Granada, especialmente durante los conflictos dinásticos nazaríes de mediados del siglo XV; no llegaron a enviar cuerpos de ejército, si bien en ocasiones la flota hafsí participó en determinadas operaciones, y continuamente regalaban a al-Andalus víveres y subsidios.

Las relaciones mediterráneas fueron muy activas en toda la época hafsí; desde 1231 se firmaron numerosos tratados comerciales con Venecia, Pisa, Génova, Sicilia, Aragón..., tratados que se renovaron en algunas ocasiones.

En estas relaciones se produjeron también incidentes bélicos, como ataques a tierras hafsíes de catalanes, sicilianos, franceses, pisanos, genoveses. Hubo ocupaciones cristianas que se extendieron durante varios años sobre tierras hafsíes, como ocurrió con la permanencia de Ramón Muntaner en la isla de Yerba, a principios del siglo XIV.

Los turcos asomaban su poderío por el oriente del Mediterráneo, y los hafsíes les enviaron embajadas desde mediado el siglo XV. Un largo duelo, en tierras hafsíes, entre turcos y españoles, irá mermando la dinastía. A la ocupación de Bugía y Trípoli, en 1510, por España, sigue la tutela de esta potencia sobre los últimos califas hafsíes, antes de la definitiva conquista turca, en 1574.

Derrota de los almohades en Las Navas de Tolosa, 1212 (litografía de la Historia de España ilustrada, *de R. del Castillo, 1880)*



Los zayyaníes de Tremecén (1235-1554)

Esta dinastía de beréberes nómadas zanata, se instalaron en Tremecén, y se proclamaron independientes de los almohades, ya en plena decadencia.

Llevaron indistintamente el nombre de dos de sus antepasados, y así son llamados tanto zayyaníes como Abd al-Wadíes.

Se extendieron por la mitad occidental de la Argelia actual, y por el sur hasta la zona sahariana; ocasionalmente ocuparon Argel, otras veces en posesión de los hafsíes, sus hostiles vecinos orientales.

La historia política de este reino, dada su condición geográfica intermedia, es una sucesión de ataques que recibe tanto de los benimerines, desde el oeste, como de los hafsíes, desde el este. Sus sultanes realizaron importantes obras arquitectónicas en casi todas las ciudades que dominaron durante más o menos tiempo, como Nedroma o Argel, pero especialmente en su capital, Tremecén, enclave comercial al que iban a desembocar diversas rutas caravanescas desde el interior del continente africano.

La rivalidad con sus contríbulos, los benimerines, también zanatas, data desde los primeros momentos, cuando ayudaron a los últimos califas almohades contra la irresistible conquista benimerín, que casi terminó definitivamente con los almohades.

Luego los sultanes de Fez atacaron con saña la capital zayyaní, y la tuvieron cercada durante años, levantando frente a ella una *Tremecén nueva,* antes de ocupar la plaza, de 1337 a 1359, y reducir a vasallaje a los sultanes zayyaníes, que volvieron a perder su independencia en 1370 y 1388.

Entre tanto alcanzaron sus mejores tiempos, durante el sultanato de Abu Hammu II (1359-1389), antes de iniciar un declive imparable que les entregó en manos de los hafsíes, quienes acabaron por reducir a vasallaje a los zayyaníes, entre 1424 y 1466.

En estas luchas generalizadas, también los zayyaníes habían tomado la ofensiva contra sus vecinos en algunas ocasiones, sin éxito duradero.

Pese a todo, la dinastía zayyaní se mantuvo durante tres siglos, hasta que en la primera mitad del siglo XVI los españoles tomaron Orán, en 1509, y los turcos Argel, en 1517; recuperada esta ciudad por España, y sucesivamente por turcos y por saadíes del Magreb, fue a parar, ya para varios siglos, a manos turcas desde 1550.

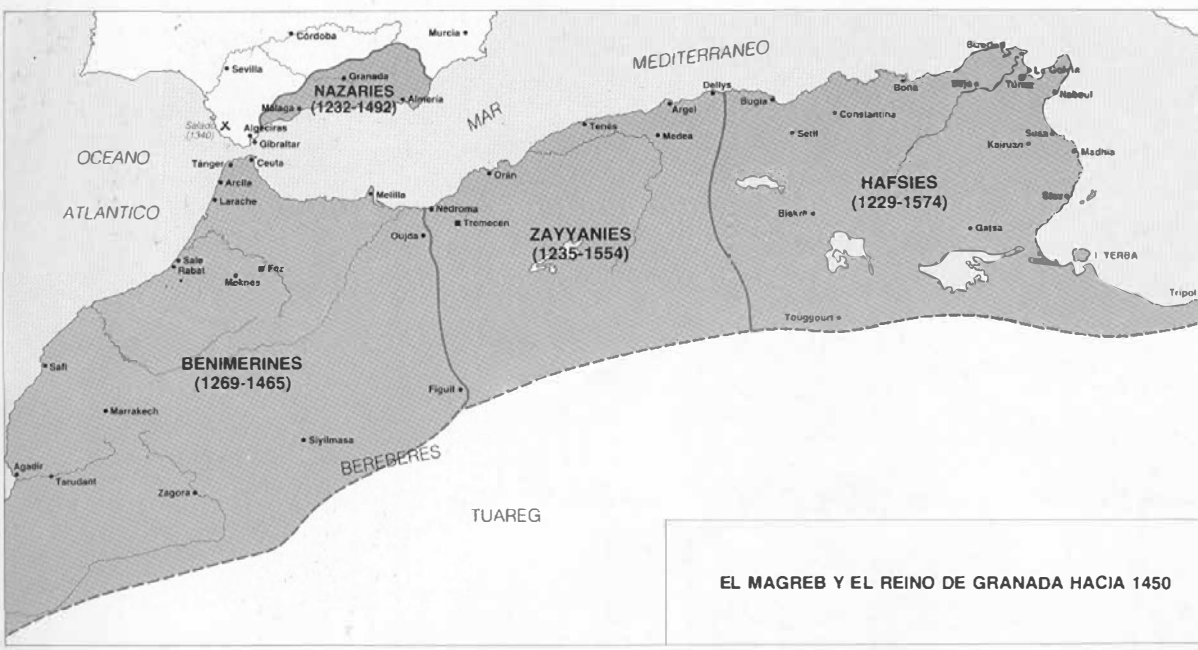
También los zayyaníes estuvieron presentes en las actividades comerciales con las potencias mediterráneas, siendo especialmente intensas sus relaciones con la Corona catalanoaragonesa, dada la situación correspondiente de ambos enclaves. Sus tratos con el reino nazarí de Granada fueron, asimismo, muy amplios, e incluso grupos de mercenarios zanata acudieron a al-Andalus para participar en la Guerra Santa. En Granada residieron varios príncipes zayyaníes durante los siglos XIII y XIV.

Los benimerines de Fez (1255-1465)

Zanatas, como los zayyaníes de Tremecén, el ascenso al poder de los benimerines supone un resurgir de este tronco beréber en la historia magrebí.

Desde los confines del desierto entraron los benimerines en el Magreb, desde comienzos del siglo XIII, y aprovechando la decadencia almohade, ocuparon sus principales ciudades y la capital, Marrakech, en 1269. Desde 1255 dominaban las zonas montañosas centrales del Magreb.

Como antes los almorávides y almohades, el poder de los benimerines significa la sustitución de un Estado en decadencia por el empuje de una corporación nómada, en este caso formada por un escaso núcleo de benimerines, que explica lo laborioso de sus conquistas.



EL MAGREB Y EL REINO DE GRANADA HACIA 1450

Esta escasez numérica, junto con la relativamente tardía configuración de su objetivo y la ausencia de un original programa político-religioso, fueron los principales condicionantes de esta dinastía.

En la actuación del emir Abu Yusuf (1258-1286) se perfilan los ideales de los benimerines, ensalzados por la historiografía cortesana: dar una imagen de esforzada ortodoxia islámica, y dentro de ella cumplir con el deber de la Guerra Santa.

En la Península Ibérica asumieron, dentro de sus limitaciones, el papel ya jugado por almorávides y almohades, es decir, de oponentes contra la expansión cristiana. En conjunto, la política exterior de los benimerines tendió a reincorporar los territorios que pertenecieron a esos dos imperios anteriores, ideal costoso que no pudieron cumplir, pero en el que gastaron tremendas energías que precipitaron su decadencia, aunque al haber procurado reconstruir un imperio islámico de Occidente fueron exaltados por leyendas populares.

En realidad, la base de su dominio fue un territorio que coincide prácticamente con las fronteras del Marruecos moderno, y algún estudioso marroquí contemporáneo ha señalado que en época benimerín, precisamente, surgen los rasgos constitutivos de la entidad nacional de ese país.

Al Andalus y el Magreb

Las relaciones con los zayyaníes fueron permanente problema en la política exterior de los benimerines, que ya en 1272 empezaron por asediar Tremecén, mientras que ellos les disputaban Siyilmasa. Continuos ataques llevaron a la importante campaña de 1298; durante ella, el sultán benimerín tomó Orán y Argel, entre otras plazas. Campañas intermitentes desembocaron en la ocupación de la capital zayyaní en 1337 y en 1352, mientras en 1370 y 1388 volvían a dominar los benimerines.

Las relaciones que la dinastía de Fez mantuvo con los hafsíes de Túnez estuvieron marcadas por un doble interés: en primer lugar, la

Asedio de una fortaleza cristiana por tropas musulmanas (Miniatura *de Las Cantigas de* Alfonso X. Biblioteca del Monasterio del Escorial)

Patio de los Leones

Patio de la Acequia, en el Generalife

Abén Humeya es proclamado rey

La rebelión de Las Alpujarras

EL definitivo triunfo cristiano obtenido en Granada en el año 1492 había puesto fin a la existencia de un poder político islámico sobre la Península. Pero en realidad abría el grave problema supuesto por la permanencia de un elevado contingente de población musulmana, que en algunas regiones era mayoritaria numéricamente. Así, la unidad religiosa oficialmente proclamada no era capaz de ocultar un hecho muy diferente, ya que la inmensa mayoría de los musulmanes se había visto forzada a la aceptación de unas creencias hacia las que sentían una profunda animosidad. Y todo ello en unos momentos en que España se presentaba ante el mundo como el principal adalid de la Cristiandad en contra de un Islam que todavía conservaba gran parte de su anterior poderío.

En el antiguo reino granadino, la población islámica mantenía vivos unos afanes de revancha que la legislación que les imponía el abandono de su religión y costumbres no hacía sino exacerbar. Además, el imperio turco fomentaba continuamente esta situación, con ánimo de debilitar la potencia militar española en el Mediterráneo, su más destacada oponente. Así las cosas, ya durante la década de 1520 se producirían los primeros levantamientos moriscos en Andalucía y el país valenciano, como reacción ante la imposición de medidas restrictivas de sus derechos propios.

Pero la dureza con que la Corona actuó contra estos intentos no contribuiría en absoluto a pacificar el latente conflicto. Además, y de forma complementaria, las permanentes acciones de hostigamiento y depredación que llevaban a cabo los piratas berberiscos sobre las costas orientales habían creado en las mismas una situación de inseguridad que en nada favorecía un entendimiento entre las partes interesadas. La población musulmana esperaba de esta forma un inmediato desembarco otomano, que se vería apoyado desde el interior por una gran mayoría. De entre ésta, cabría destacar el elevado número de bandoleros —denominados *monfíes*— que infestaban las sierras andaluzas y constituían un permanente desafío a la autoridad.

El definitivo alzamiento comenzó el día 1 de abril de 1569 en el Albaicín granadino impulsada por un tintorero que se decía descendiente de los Abencerrajes. Inmediamente después, un autodenominado Abén Humeyya tomó el título de rey y dirigió la insurrección. Felipe II envió entonces como coordinador de las operaciones a su hermanastro Don Juan de Austria, que trató de unificar al dividido mando cristiano y organizar, al mismo tiempo, los primeros traslados de población islámica fuera de la ciudad y el reino. La guerra prosiguió con extrema dureza por ambas partes sobre la región almeriense. Pero de hecho ambos bandos se hallaban debilitados debido a las constantes intrigas internas existentes en sus respectivos centros de mando.

Consecuencia de esta situación fue la muerte, en octubre de 1569, del mismo Abén Humeya realizada por sus propios hombres, uno de los cuales se autoproclamó entonces rey de Andalucía. Tras esto, la lucha continuaría durante largos meses bajo condiciones de gran crueldad, que alcanzó su mayor intensidad en la serranía de Ronda. A partir del mes de febrero de 1570, los cristianos penetraron en las Alpujarras y obligaron a los sublevados a entablar conversaciones de paz cuatro meses después. En marzo de 1571 el dirigente insurrecto, Abén Aboo, murió a su vez asesinado y los seguidores que se mantenían en armas fueron progresiva y rápidamente sometidos. A continuación, se organizó un sistemático traslado de las poblaciones moriscas a alejadas regiones de España y su lugar fue ocupado por repobladores cristianos viejos.

alianza entre ambos sirvió de contrapeso, casi continuo, contra el común enemigo de Tremecén, y en segundo lugar, los benimerines reconocieron el título califal de los hafsíes como una justificación teórica de su propia legalidad política, y los hafsíes que ambicionaron al principio dominar en el occidente del Magreb, aceptaron ese reconocimiento y enviaron frecuentes embajadas a los benimerines.

En estas buenas relaciones hubo también sus altibajos, como en 1286-1287, cuando el sultán de Fez, Abu Yaqub, se alió con Pedro III de Aragón contra Túnez, en el curso de una aparatosa campaña dirigida en persona por el sultán de Fez Abu al-Hasan, en 1347, empresa de la que salió malparado tres años más tarde.

Escaso tiempo, pues, habían logrado los benimerines reunir todo el Magreb, aunque el objetivo era tan importante que otra vez, en 1357, dirigieron hacia Túnez sus expediciones, y ocupada durante unos meses, dio ocasión al sultán benimerín Abu Inan a adornarse con el título de *emir de los creyentes*.

Entre las tres dinastías magrebíes, fueron los benimerines quienes más intervinieron en la Península Ibérica, donde acudieron con subsidios y, sobre todo, con soldados *voluntarios de la Fe*, al frente de los cuales cruzó el Estrecho en algunas ocasiones el sultán benimerín en persona.

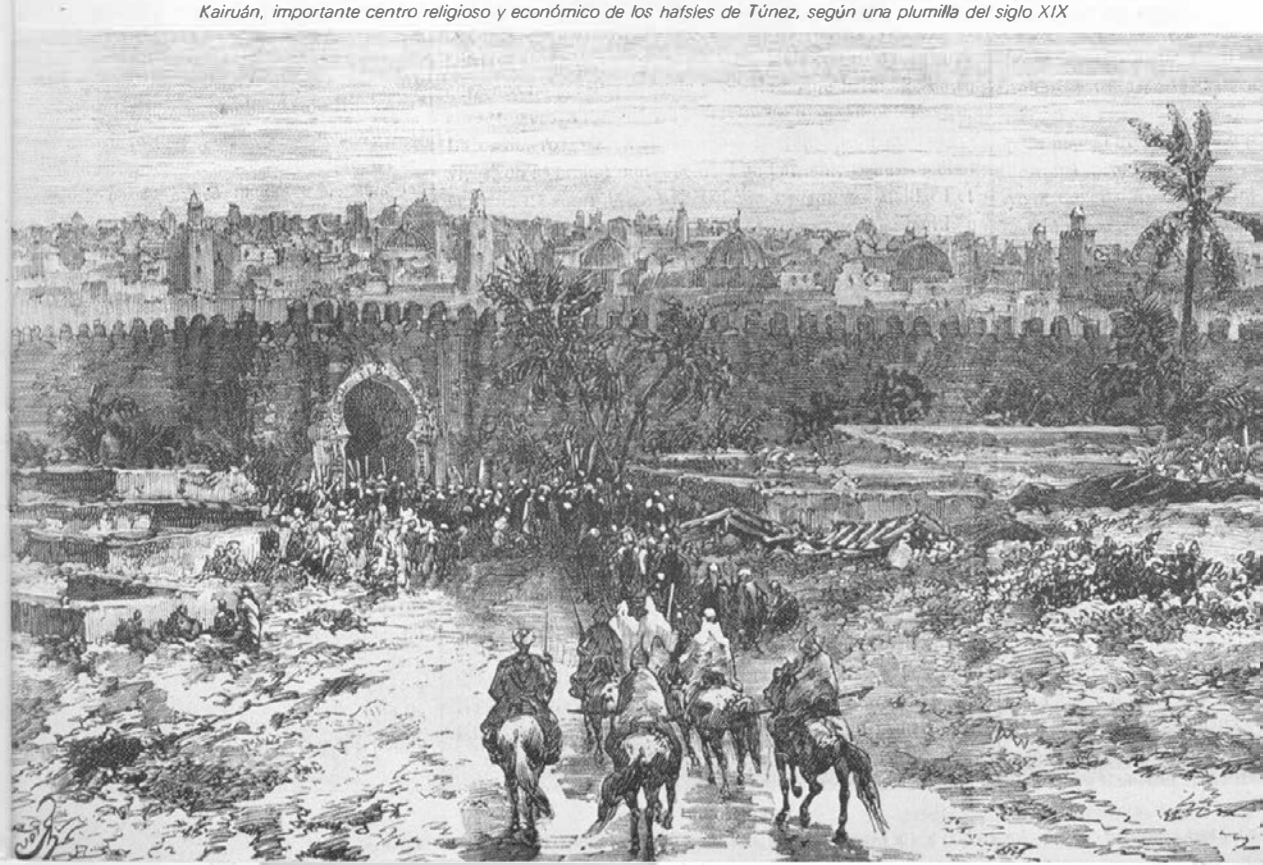
En al-Andalus poseyeron los benimerines las plazas de Algeciras, Gibraltar y Ronda, entre otras. No sólo intervinieron como ayuda del último reducto del Islam en la Península que era el reino nazarí de Granada, sino que a veces, incluso oponiéndose a los intereses de éstos, hicieron los benimerines su propia política, sin avenirse a las treguas que establecían Castilla y Granada, temerosa esta última de que los magrebíes acapararan el poder en al-Andalus.

El control del Estrecho

Los benimerines, con el dominio de las plazas claves del Estrecho, intentaron retrasar la expansión castellana por el norte de Africa, que ya desde 1260 se había manifestado con la ocupación por naves de Alfonso X de la plaza magrebí de Salé, como después en 1401 Enrique III de Castilla devastaría Tetuán, mientras los portugueses preparaban su ocupación de Ceuta, realizada en 1415.

La distribución de las áreas de conquista entre los Estados peninsulares hizo que los benimerines tuvieran por principal adversario a Castilla; ante los ataques castellanos, muy pronto los sultanes granadinos recurrieron a los benimerines, cuyas primeras expediciones armadas llegaron a la Península en 1263, para oponerse a la ofensiva cristiana contra Niebla.

Kairuán, importante centro religioso y económico de los hafsíes de Túnez, según una plumilla del siglo XIX



El sultán benimerín Abu Yusuf acudió en persona a al-Andalus en cuatro ocasiones: 1275, 1277, 1282 y 1285; su sucesor Abu Yaqub en 1291. El resultado de tales expediciones no supuso incrementos territoriales para el Islam, y no hizo retroceder la línea fronteriza cristiana; pero eran algaradas que tenían importancia moral, con logro de botín en caso de éxito, y, sin duda, la presencia de tropas magrebíes retrasó el avance castellano.

A comienzos del siglo XIV las acciones en torno al Estrecho se incrementaron: los benimerines ocuparon Ceuta, en poder hasta entonces de una dinastía local, la de los azafíes. Castilla, por su parte, se lanzó sobre Algeciras y Gibraltar, ocupada por Fernando IV en 1309.

Todo quedó en suspenso unos años, hasta la mayoría de edad de Alfonso XI y la ascensión al poder del sultán benimerín Abu l-Hasan (1331-1351). Ambos soberanos juegan la partida definitiva alrededor de aquel enclave, mientras se utilizaban todos los recursos, incluso un *arma nueva:* la pólvora, destinada a minar los muros de las fortificaciones, que resultó importante en aquella guerra de cercos; usada en 1343 por los castellanos, en el asedio de Algeciras, había sido empleada por los propios benimerines desde hacía casi setenta años.

Baza esencial fue la derrota del Islam en la batalla del Salado, en 1340. Ningún otro sultán benimerín volvió a cruzar a la Península. Pronto, graves asuntos en el Magreb reclamarán la atención de los benimerines, como su intervención en Túnez y las crisis dinásticas.

Granada se queda sola

Cuatro años después de aquel triunfo, Alfonso XI ocupó Algeciras, y pronto se aprestó a tomar Gibraltar, en cuyo cerco muere, en 1350. Gibraltar era la última plaza costera que quedaba a los benimerines en la Península, y eran conscientes de su importancia estratégica: *puerta, llave y cerradura del paso de al-Andalus,* la llama el cronista cortesano Ibn Marzuq, que en su biografía sobre Abu l-Hasan ensalza cómo este sultán la había cuidado:

Una vez que Abu l-Hasan *se hubo apoderado de Gibraltar y la tuvo bajo su mandato, concedió primordial interés a reconstruirla y reedificarla, llevando cargas de oro y profesionales de la construcción, que empezaron por reparar la fortaleza... mientras tanto* (del Magreb) *llegaban barcos transportando grano, alimentos, artículos de primera necesidad y utensilios marítimos y terrestres, resultando en verdad maravilloso que tal cantidad de cosas pudieran haberse reunido en tan poco tiempo, siendo la reorganización de la vida allí un auténtico prodigio y un timbre de honor para los musulmanes.*

En 1361, los benimerines entregaron Ronda a los granadinos y en 1374 Gibraltar. Así liquidaron su intervención en la Península. Frente a frente quedaron ya Castilla y Granada, esta última aislada mientras los que habían sido su principal ayuda, los benimerines, entraban en su crisis final por causa de graves sublevaciones en el sur del país, sin poder reducir a la obediencia a ciertas tribus árabes, y por repetidas disensiones dinásticas, profundísimas y numerosas desde la segunda mitad de este siglo XIV.

Estas disensiones impidieron superar a la dinastía el triple caos político, económico y social; entretanto, la Corte promovía una vertiginosa sucesión de soberanos: catorce entre 1358 y 1465; muchos murieron asesinados, mientras algunos visires dominaban la escena o incluso desde la Granada de Muhammad V se controlaban las actuaciones de los benimerines. Desde 1428 una familia con ellos emparentada, los wattasíes, desempeñan una regencia efectiva, y desde 1465 sustituyen definitivamente a los benimerines.

También el Magreb benimerín fue nudo de relaciones comerciales con las potencias cristianas, con Granada, con Egipto y con Mali.

Se observa, en primer lugar, que entre las potencias tanto islámicas como cristianas del área mediterránea occidental, durante la Baja Edad Media, se debate un reparto de territorios. Los Estados europeos desde el siglo XIII han procurado avanzar hacia el Sur, a costa del Islam, e incluso desplazar el centro de la contienda hacia el Magreb: campaña de Salé (1260), campaña francesa de Túnez (1270). Todavía en la primera mitad del siglo XIV suben ejércitos y sultanes magrebíes a la Península, pero ya Castilla expulsa a los benimerines de Algeciras, en 1344 (aunque volverá a ocuparla Granada, veinticinco años después); con ello la *Batalla del Estrecho* ha sido perdida por el Magreb.

La posesión de esta base geoestratégica, el Estrecho de Gibraltar, es el símbolo y la clave de un conflicto mucho más amplio, en que no se juegan sólo bazas políticas o posesiones territoriales, sino que detrás de ello se debate el logro de hegemonías comerciales, tendentes a dominar las rutas del comercio: la horizontal, que recorre en longitudinal el Mediterráneo, y la vertical, que hunde sus raíces en el continente africano, y llega por vías caravaneras diversas hasta el Mediterráneo, a través de puertos magrebíes, que desde comienzos del siglo XV empezarán a ser ocupados por Estados europeos, culminándose el proceso, iniciado en el siglo XIII. Piénsese que desde el siglo XV, además, los mercados del Mediterráneo oriental van a ser controlados por la potencia turca, en auge.

Entre esos siglos XIII a XV asistimos a unos intensos contactos políticos, bélicos, diplomáticos y comerciales del Magreb y Europa, de lo cual es signo una ingente correspondencia conservada.

La cultura

Por Juan Vernet
De la Real Academia de la Historia

EL período comprendido entre la caída de Bagdad en manos de los mogoles (1258) y la de El Cairo en las de los turcos (1517) queda marcado por una serie de acontecimientos culturales del máximo interés: es el momento de mayor esplendor de la literatura persa, es cuando nace la literatura turca, es cuando se fundan los primeros observatorios astronómicos realmente *institucionalizados* y, probablemente, cuando tiene lugar una de las primeras medidas científicas de las distancias reales que separan Toledo de Pekín. Todo ello sin contar los avances conseguidos en los campos de las matemáticas y la técnica.

Lámpara de mezquita, cerámica turca de Iznik, siglo XVI (Museo Británico)

En el plano de las letras merecen ser citados los grandes escritores Chalal al-Din Rumí (1207-1273), Sadí (1203-1292) y Háfiz (1317-1389). Cabría añadir los nombres del mayor poeta indo-persa, Amir Jusraw Dihlawí (1253-1325) y de Ubayd-i Zakaní (m. 1371), quien, muy probablemente, conoció a Háfiz. Ocupó altos cargos en la Administración y en sus obras se burló sin piedad de los vicios de todas las clases sociales.

Es, tal vez, el mejor humorista de su patria y ha merecido los apodos del Aretino o Voltaire persa. En su obra *Tarifat (Definiciones)* denota los ojos satíricos con que ve la vida. He aquí algunas de sus definiciones:

Hombre razonable, quien no se preocupa del mundo ni de sus habitantes; Hombre digno de tal nombre, quien no es hipócrita; Hombre instruido, quien desconoce la economía casera; Ignorante, quien apetece el dinero; Generoso, quien es pobre; Avaro, quien es rico; Desgraciado, quien estudia; Comerciante, quien no teme a Dios; Imán, mercader de oraciones; Droguero, quien quiere que todo el mundo esté enfermo; Médico, verdugo; Doctor de la ley, quien no tiene inteligencia suficiente para ganarse la vida; Abogado, quien hace inútil la verdad; Desgraciado, hombre casado; Mujer, quien tiene muchos amantes; Señora, quien tiene pocos; Virginidad, nombre que no se corresponde con la cosa nombrada.

Es autor, además, de una narración, *Mus u-gurbe (El ratón y el gato)*, traducida a varias lenguas occidentales, en la que critica el falso arrepentimiento de los poderosos, y del *Sad pand (Cien consejos)* en donde recoge los frutos de sus experiencias: *No malgastéis el tiempo: no dejéis para mañana el placer de hoy. Aprovechad el momento, pues la vida no es eterna, Si alguien olvida su humilde origen, no se lo recordéis, Dad vuestra vida por los buenos amigos, Mientras os sea posible, no digáis una verdad que pueda afligir y molestar sin motivo*, etcétera.

El último gran poeta de la época clásica es Chamí (1414-1492), quien pasó gran parte de su vida en la corte de Husayn Bayqara y en el séquito del gran poeta turco Alí Sir Nawaí. En uno de sus últimos versos, al cantarnos las desgracias de la vejez, nos da un dato de positivo interés para la historia del comercio y la artesanía occidentales:

Antes, de noche, veía

FILOSOFIA Y L BIBLIOTECA MARIA ZAMBRANO ZARAGOZA

a la luz de la luna; ahora ya no puedo ni a la luz del sol.

Gracias a los lentes de Europa en vez de dos ojos tengo cuatro, pero ni eso basta para poder leer el Corán.

El cielo, que juega conmigo, me engaña con vidrios, tal y como hace con los niños.

Utilizando el género *matnawí* (pareados) compuso un septeto en que, aludiendo a las siete estrellas de la Osa, trata de los temas favoritos de las literaturas islámicas, siendo patente la influencia que en él ejerce el místico murciano Ibn Arabí (m. 1240).

Literatura turca

La literatura turca tiene sus precedentes en el príncipe qarajaní Mahmud al-Qasgarí, refugiado en la corte del califa abbasí al- Muqtadir entre el 1072 y el 1078, quien compone *Diván de las lenguas turcas*. Pero, en rigor, esta literatura no nace hasta que los turcos otomanos empiezan su infiltración en el Asia occidental y Yúnus Emré (m. 1320) compone una serie de poesías muy influidas por Chalal al- Din Rumí.

Su obra carece de una estructura orgánica y sistemática comparable a la del gran místico persa. Admite que para llegar al verdadero conocimiento de Dios pueden ser útiles, a partir de cierto grado de iniciación, la música y el vino, que en las primeras etapas espirituales se consideran como pecaminosos:

En vez de observar el ayuno y cumplir con los rezos, me he embriagado.

En vez de rezar el rosario y de preocuparme de los requisitos externos de la plegaria he escuchado el arpa y el laúd.

Si comprendes lo que Yúnus quiere decir con estas palabras, el minarete de Conia te parecerá una aguja grande.

Yúnus Emré dominó por igual la prosodia silábica turca como la cuantitativa persa. Pero a pesar de la influencia que en él ejercieron las literaturas islámicas contemporáneas, procuró evitar el uso de palabras árabes y persas.

Este autor fue el primer poeta otomano conocido en Europa, puesto que un transilvano, prisionero de los turcos entre 1438 y 1458, escribió un tratado sobre las costumbres de éstos, transcribió en caracteres góticos dos de las poesías de Emré y las tradujo al latín, llegando así a conocimiento de Erasmo de Rotterdam, Lutero, etcétera.

Presenta un cierto interés Asiq Pachá (1271-1332), pero sobresale sobre todo el cantar de gesta titulado Libro de *Dedé Qorqud* (principios del siglo xv), relato de autor anónimo que recogió los episodios más notables —redactados por otros rapsodas— del avance turco hacia Occidente.

Algunos relatos presentan notorio interés desde el punto de vista de la relación que pudo existir entre las letras clásicas y las turcas: así, por ejemplo, los paralelismos entre Dumrull/Alcestes y Tepegoz/Polifemo. Las semejanzas entre el turco Basat y Ulises son muy estrechas. La técnica literaria es muy sencilla y la monótona

La decoración floral, hatayi, *y las inscripciones en escritura* naski *caracterizan la cerámica turca de Iznik, inspirada en la porcelana blanca y azul china*

reiteración de clisés como *caballos de largo cuello,* etcétera, muestran que nos hallamos en presencia de una obra popular.

A Sulaymán Celebí (m. 1422) se debe un villancico sobre el nacimiento de Mahoma que aún se mantiene vivo en nuestros días. Otros autores del siglo xv son Seyjí (m.c. 1429), Ahmad Pachá (m. 1429) y, especialmente, Mir Alí Sir Newai, escritor turco chagatai (m. 1501), de noble y rica familia, que en su juventud estudió en Herat, Mashad y Samarcanda.

Cuando en 1469 subió al trono su amigo y contertulio Husayn Bayqara, éste le protegió más literariamente que en el campo político. Gracias a ello pudo unir en torno suyo a una serie de personajes relevantes de Oriente como los persas Chamí y Husayn Waiz; miniaturistas como Bihzad; músicos, etcétera.

Newai inició su carrera literaria en persa, lengua que sustituyó luego por el turco. La temática de su poesía es la típica de la época: polémicas sobre el bigote y críticas apenas veladas contra los sufíes y los cortesanos.

En traje de corte, tejido de oro, corre rápido de un sitio a otro. No hay por qué extrañarse de que vaya buscando los bienes del mundo: la mosca, cuyas galas brillan ante ti como el oro, gusta de posarse en lo sucio.

La influencia persa es notoria en su obra, pero sabe independizarse de la misma en momentos adecuados. La obra de Nawaí ha sido revalorizada recientemente en la URSS por considerar que fue en realidad el primer vate nacional turco y, como tal, una de las glorias del Uzbekistán.

Como último escritor turco otomano de este período cabe citar a Mesihí (m. 1512), famoso por su amor a las tabernas y a los donceles y cuyo poema *La primavera* fue pronto conocido en Europa.

Relaciones con Toledo

La fundación del observatorio astronómico de Maragá por el persa Nasir al-Din Tusí (1201-1274). Algunos trabajos realizados en 1984 con motivo del centenario de la muerte de Alfonso X el Sabio, así como la explotación más a fondo de fuentes árabes y castellanas ya conocidas y comentadas desde el punto de vista comercial y político, llevan a plantearse el problema de si existieron relaciones científicas directas entre los astrónomos de Toledo y los de Maragá.

La discusión de esta posibilidad no es propia de estas páginas. Sí, en cambio, cabe señalar que en Maragá se construyeron unas tablas astronómicas (las *iljaníes*) entre 1259 y 1272 y en Toledo (las *Tablas alfonsíes)* entre 1263 y 1272, y que en esas mismas fechas se estaban realizando también observaciones astronómicas en Pekín. Todas estas ciudades se encuentran situadas aproximadamente sobre el paralelo 40° Norte. Y es casual que, cuando, dos siglos más tarde, Ulug Beg (1394-1449) construya los grandes instrumentos astronómicos en su capital, Samarcanda, ésta se encuentre prácticamente en la misma latitud que las anteriores y que esos aparatos sirvan también para construir otras tablas astronómicas. El azar de la historia política hizo que esos cuatro lugares estuvieran situados prácticamente sobre el mismo paralelo.

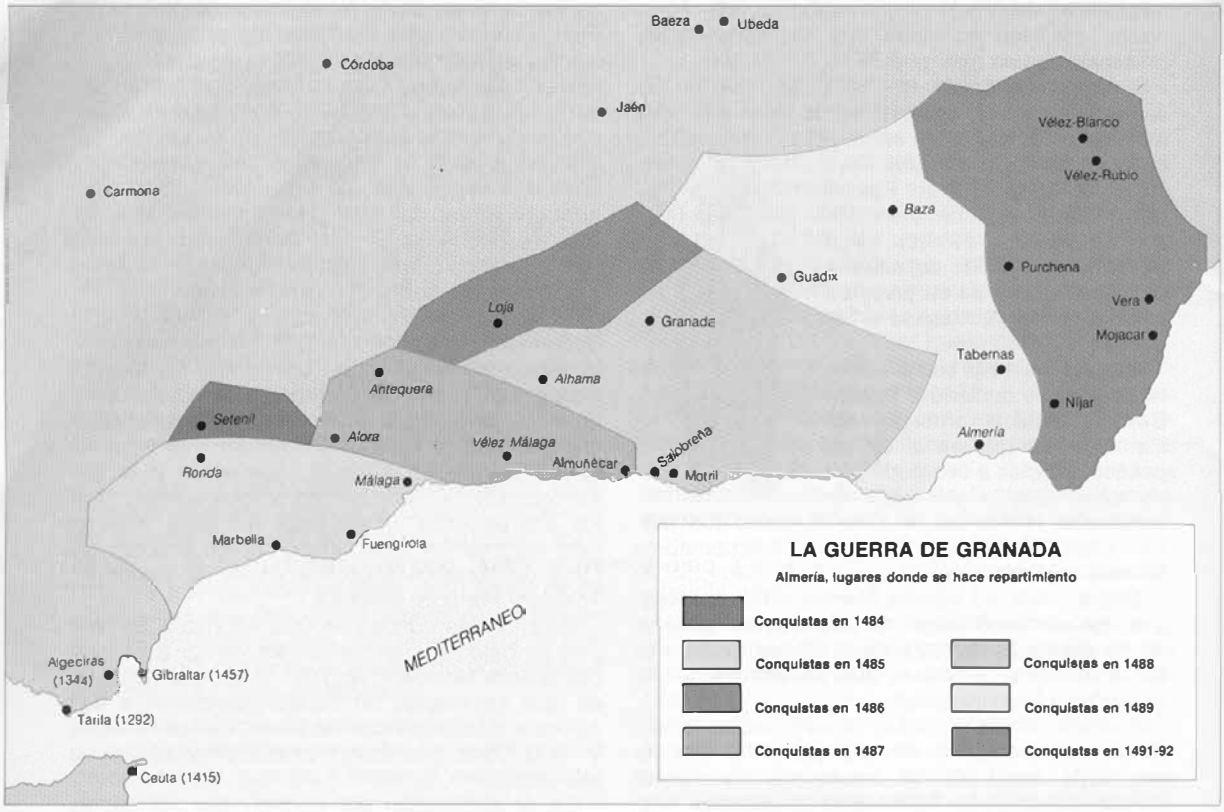
Si nos olvidamos del azar y volvemos a la documentación, sabemos que Alfonso X conocía la existencia de un gran astrónomo en Oriente desde 1261. ¿Puede plantearse la hipótesis de una coordinación o intercambio de resultados entre Maragá y Toledo? Evidentemente sí, pues sabemos que en Maragá trabajaban a la vez astrónomos persas, chinos y granadinos; que los instrumentos empleados en esos lugares eran los mismos; que alguno de los eclipses de Luna de aquellos años fue visible al menos en Toledo y Maragá, etcétera.

Pero lo más curioso es que Alfonso X enviara una embajada a los ismaelíes, secta a la cual pertenecía Nasir al- Din Tusí. Y aún más curioso es que los mapas de Persia posteriores a esa época y dibujados con las líneas de las latitudes y longitudes coincidan prácticamente con la realidad.

La determinación del primer valor, el de las latitudes, no presentaba dificultades desde la antigüedad, pero no así el segundo, que sólo quedó resuelto en el siglo xviii con la invención del cronómetro de Harrison. Por tanto, hay que pensar que en esa época se habían corregido cuidadosamente las distancias en longitud entre Toledo y Maragá (48° cuando en realidad son 46°) y Toledo y Pekín (124° en vez de los 120° de la realidad).

Si estos valores hubieran sido obtenidos mediante la coordinación de las observaciones realizadas en Toledo y Maragá y entre esta ciudad y Pekín podríamos pensar que las coordenadas geográficas de un lugar cualquiera de la Tierra serían tanto más exactas cuanto más cercanas estuvieran de uno de esos tres lugares, ya que se habrían deducido mediante la reducción de medidas itinerarias (método primero expuesto por el cosmógrafo español Alonso de Santa Cruz —siglo xvi— en su comentario a la *Geografía* de Tolomeo) y más inexactas cuanto más lejos se encontraran.

Lo dicho es, por ahora, válido para las posiciones de las ciudades del Próximo Oriente y mucho menos cierto— y no por razones científicas, sino por los avatares de transmisión que sufrieron— para las *Tablas Toledanas*, cuyo original castellano, de unos cuarenta mil dígitos, se ha perdido y los valores de los mismos de que hoy disponemos se encuentra sólo en versiones latinas que discrepan frecuentemente entre sí en cantidades muy variables.



Rendición de una ciudad ante los Reyes Católicos durante la guerra de Granada (por Rodrigo Alemán, coro de la catedral de Toledo) (página derecha, arriba)

Los últimos días de Granada

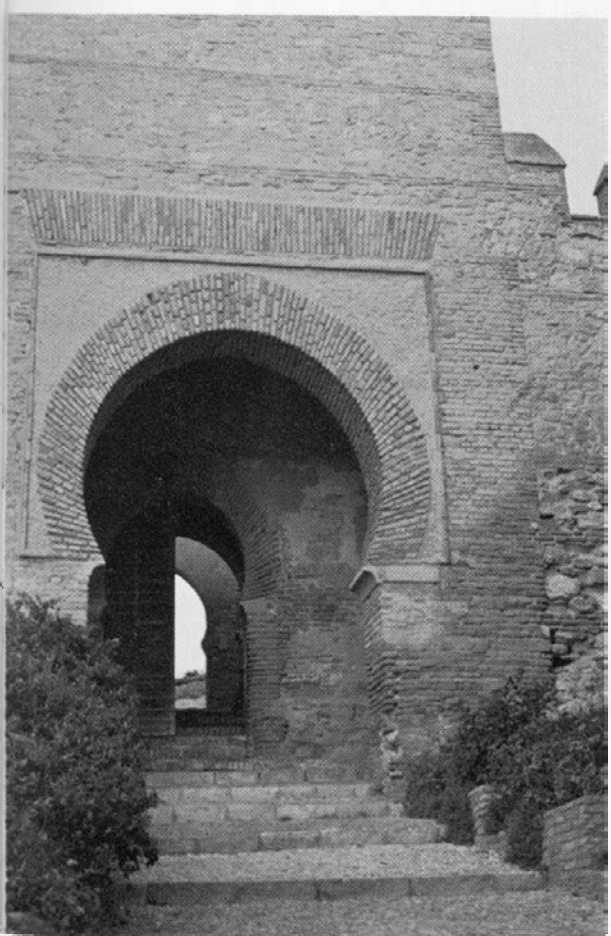
LA guerra de Granada, última de las grandes ofensivas integrantes de la denominada *Reconquista* cristiana, tendría desde sus mismos inicios un sentido diferente al mantenido por las precedentes. En este caso, a las razones de índole política, económica y religiosa se unía la idea de conclusión de una prolongada situación en ningún momento admitida por los planteamientos cristianos, esto es, la presencia islámica sobre suelo peninsular. De esta forma, la desaparición del reino musulmán del sur supondría al fin la implantación práctica de unos principios de inspiración europea, sustrayendo a aquella zona de la órbita orientalizante en la que había estado incluida hasta entonces.

El conflicto se prolongaría por espacio de once años, a partir de su comienzo en 1481. A todo lo largo del prolongado período de su duración, pueden ser delimitados cuatro períodos consecutivos bien diferenciados. EL primero de ellos alcanza hasta la prisión de Boabdil en 1483; el segundo, hasta la ocupación cristiana de la ciudad de Málaga; el tercero corre hasta el momento de la rendición del *Zagal* en 1489; y, finalmente, el último constituye de hecho el mismo cerco de la capital, con el que culmina la guerra llegado el año 1492.

La guerra comenzó de hecho con la toma de Zahara por parte de los musulmanes. El monarca granadino se había visto forzado a tomar esta decisión después de que Fernando *el Católico*, buscando un pretexto para empezar la lucha, le hubiese exigido el pago de un tributo al que no tenía derecho. De esta forma, existiendo ya un motivo concreto, los castellanos tomaron la importante plaza de Alhama en 1482, y organizaron a continuación una gran ofensiva. Mientras, su flota se situaba en el Estrecho, para evitar la recepción de auxilios por parte de Granada procedentes del norte de Africa.

Al mismo tiempo, la capital del reino nazarí soportaba un conflicto civil que había tenido como origen un enfrentamiento personal entre el monar-

Puerta de la alcazaba de Almería (abajo, izquierda). *Los Reyes Católicos con su hija Juana en una miniatura del devocionario de Juana la Loca, 1482* (abajo, derecha)



ca y su hijo. Como consecuencia del mismo, el llamado *Boabdil* sustitiyó en el trono a su padre, quien hubo de refugiarse en Málaga. Sin embargo, las perturbaciones no se detendrían con la implantación de la nueva situación, que nunca superaría niveles de larvada violencia. Con todo, en un principio las armas fueron favorables al bando musulmán. Fernando *el Católico,* tras intentar inútilmente la toma de Loja, sufrió una grave derrota en 1482, sucediéndole lo mismo un año después al Maestre de Santiago en la comarca de la Ajarquía. Mientras, *Boabdil,* con ánimo de legitimar su poder ante sus súbditos, atacó a Lucena, pero fue derrotado y hecho prisionero por el adversario.

Es a partir de este momento cuando se invierte por completo la orientación de la guerra, tomando la iniciativa los castellanos de forma irreversible. El rey granadino se había visto obligado a permitir el tránsito cristiano por su territorio hasta Málaga, donde gobernaba su tío *El Zagal.* Mientras, en su capital se incrementaba la conflictividad ya existente, circunstancia aprovechada por el enemigo para el fortalecimiento de sus propias posiciones. Así, desde el mes de septiembre de 1483, en que es reconquistada Zahara, ya no se detendrán las operaciones ofensivas. Esto hará que sucesivamente vaya cayendo una serie de importantes poblaciones hasta la fundamental de Ronda.

Boabdil, mientras tanto, había sido apartado

Entrada de los Reyes Católicos en Granada (relieve de Vigarny, capilla real de la catedral de Granada)

del poder por *El Zagal,* quien por breve tiempo recuperó la unidad del reino. Pero Fernando proporcionó de inmediato un ejército al depuesto rey, quien obligó a su tío a proceder con él a un reparto del territorio. Un tercer acuerdo con los castellanos le obligaba a la renuncia al trono, lo que encendió todavía más los enfrentamientos internos entre los granadinos. Esta ocasión sería favorablemente aprovechada por sus adversarios para lanzar una directa ofensiva contra el puerto clave de Málaga. La ciudad, tras un cruento asedio, sería ocupada en agosto de 1487. Esto decidiría ya las fases finales de la guerra.

En la parte oriental del reino, la traición de un íntimo colaborador de *El Zagal* decidió su ocupación por los Reyes Católicos prácticamente sin ser entablado combate alguno. Tras la toma de Baza, éstos obligaron al monarca a entregarles Almería y Guadix. Mientras, la ciudad de Granada se había convertido en centro de refugio de los más decididos partidarios de la resistencia frente a la imparable presión enemiga. Con ello, impedían a *Boabdil* cumplir el pacto de entrega de la ciudad, lo que hizo necesario entonces el establecimiento de un cerco alrecedor de la misma.

Llegados los primeros meses del año 1490, solamente el recinto urbano de la capital y un estrecho entorno próximo se encontraban libres de ocupación. Los Reyes Católicos, tratando de ofrecer un simbolismo de decisión de alcanzar sus objetivos hasta el fin, habían sustituido el campamento provisional que se había instalado en la vega del Genil por un conjunto de edificaciones fijas, que darían lugar con posterioridad a la ciudad de Santa Fe.

El asedio propiamente dicho comenzó en el mes de abril de aquel año y, doce meses más tarde, la situación era ya insostenible en la ciudad. Faltaban los víveres necesarios para el mantenimiento de sus habitantes y defensores, y era escenario al mismo tiempo de enconadas luchas fratricidas entre diversos bandos enfrentados. Esto mostraba ya el elevado grado de descomposición social y política que preludiaba el inmediato fin. Las negociaciones entre las dos partes culminarían el día 25 de noviembre de 1491 y, el 6 de enero del siguiente año, los Reyes Católicos hacían su entrada en Granada. Con ello desaparecía el último Estado islámico existente en la Península, y daba fin una presencia que se había mantenido a lo largo de casi ocho siglos sobre la misma.

La marcha al exilio norteafricano de *Boabdil,* su familia y los elementos más significados del reino inició un éxodo de población en igual dirección. Sin embargo, la inmensa mayoría de aquélla decidiría permanecer en los mismos lugares donde había nacido y donde sus antepasados habían vivido durante generaciones. Una solución de carácter político, como era la supresión de unas instituciones situadas sobre un territorio concreto, no podía actuar sobre el cuerpo social del mismo. En el mismo año de la conquista de Granada se producirá la expulsión legal de los judíos españoles, que habitaban en la Península desde la remota Antigüedad. Con ello se iniciaba una tendencia uniformizadora que muy pronto había de afectar a las poblaciones musulmanas, que se verían enfrentadas a la aceptación de una fe que era la de sus vencedores.

Aparte de las iniciales insurrecciones producidas en la Andalucía oriental por este motivo en los primeros años del siglo XVI, esta latente situación de enfrentamiento habrá de mantenerse durante decenios, hasta estallar en la época de Felipe II, como se considera en la página 22 de este Cuaderno de forma detallada.

El proceso que culminó con la toma de Granada decidió la expulsión de todo poder islámico del ámbito territorial europeo. España había sido el país que durante un período más prolongado de tiempo había conocido aquella presencia que, dada su duración, tendría una profunda incidencia sobre la organización vital de sus habitantes. Con el advenimiento de los Reyes Católicos, se anunciaba en nuestro país el ya inmediato Renacimiento, que en otras zonas de Europa florecía plenamente. La cultura islámica había dejado sobre nuestro suelo formas de pensamiento que no se verían desarraigadas durante siglos, a pesar de la voluntad dirigida en sentido contrario por los sectores gobernantes. Epílogo, pues, de una etapa especialmente brillante en todos los órdenes, la existencia del reino nazarí granadino presenta así unos rasgos especialmente patéticos durante su postrer período de existencia.

Bibliografía

Arié, R., *La España musulmana, siglos VIII-XV,* volumen III de *Historia de España,* Barcelona, Labor, 1982. Burkhardt, T., *La civilización hispano-árabe,* Madrid, Alianza, 1982. Cahen, C., *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano,* Madrid, Siglo XXI, 1973. Cirici, A., y otros, *Arte islámico,* Barcelona, Salvat, 1974. Cruz Hernández, M., *Historia del pensamiento en el mundo islámico* (2 vols.), Madrid, Alianza, 1981. Cuevas, C., *El pensamiento del Islam,* Madrid, Istmo, 1972. Fahd, T., y otros, *El mundo islámico, siglos VII-XV,* Barcelona, Salvat, 1974. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo medieval,* Barcelona, Bruguera, 1981. Jutglar, A., *Sociedad y economía en el mundo islámico,* Barcelona, Salvat, 1972. Lewis, B., *Los árabes en la Historia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1956. Martínez Montávez, *El Islam,* Barcelona, Salvat, 1985. Ruciman, S., *La caída de Constantinopla,* Madrid, España-Calpe, 1973. Sánchez Albornoz, C., *El Islam de España y el Occidente,* Madrid, Espasa-Calpe, 1974. Vernet, J., *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente,* Barcelona, Ariel, 1978. Id., *Estudios sobre historia de la ciencia Medieval,* Barcelona, Universidades de Barcelona y Bellaterra, 1979.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS BIBLIOTECA MARIA MOLINER ZARAGOZA